



MIGRANTE

Fredi Portilla Farfán

Universidad Politécnica Salesiana



CARRERA DE EDUCACIÓN BÁSICA

Una poderosa crítica social que pone rostro y dramatismo a un fenómeno sociopolítico de gran relevancia en la actualidad. Funciona como un instrumento de sensibilización frente a la explotación y el abuso presentes en la ruta migratoria. La discusión sobre el costo humano y la vulnerabilidad de los migrantes irregulares latinoamericanos hacia EE. UU. se centra en las motivaciones económicas —“el dinero es menester para sus familias”— y en el llamado “sueño americano”, que con frecuencia termina convirtiéndose en una pesadilla.

Expone la explotación, el maltrato y la humillación a los que son sometidos los migrantes, con especial énfasis en la vulnerabilidad de la mujer frente a las redes de tráfico y la violencia sexual. Asimismo, aborda el contexto de machismo que condiciona y presiona la emigración femenina. La obra ilustra de manera cruda las violaciones sistemáticas a los derechos humanos y la doble discriminación que enfrentan las mujeres durante su trayecto migratorio.

Dr. Santiago Felipe Donoso Vargas, Ph.D.
Universidad Nacional de Educación, UNAE, Ecuador.



ISBN: 978-9942-52-014-2



9 789942 520142



ABYA
YALA



1975-2025
50

4 EDUCACIÓN
DE CALIDAD



MIGRANTE

Fredi Portilla Farfán

MIGRANTE



MIGRANTE

© Fredi Portilla Farfán

Ira. edición: © Universidad Politécnica Salesiana
Av. Turuhuayco 3-69 y Calle Vieja
Cuenca-Ecuador
P.B.X. (+593 7) 2050000
e-mail: publicaciones@ups.edu.ec
www.ups.edu.ec

CARRERA DE EDUCACIÓN BÁSICA
Sede Cuenca

ISBN impreso: 978-9942-52-014-2

ISBN digital: 978-9942-52-015-9

Ilustraciones de portada e interiores: Generada por Gemini Google

Diseño, diagramación e impresión: Ediciones Abya-Yala

Tiraje: 300 ejemplares

DOI: <https://doi.org/10.17163/abyaups.152>

Impreso en Quito-Ecuador, noviembre de 2025

Publicación arbitrada de la Universidad Politécnica Salesiana.

El contenido de este libro es de exclusiva responsabilidad del autor.



Índice

Dedicatoria	7
Capítulo I	9
Capítulo II	15
Capítulo III	27
Capítulo IV	37
Capítulo V.....	45
Capítulo VI	57
Capítulo VII.....	67
Capítulo VIII	75
Capítulo IX	89
Capítulo X.....	97
Capítulo XI	109
Capítulo XII	117
Capítulo XIII	125
Capítulo XIV	139
Capítulo XV	149
Capítulo XVI	155
Capítulo XVII	163
Sobre el autor	167

Dedicatoria

Para todas aquellas almas ingenuas y necesitadas que dejaron sus nidos de origen para ir en la búsqueda de un sueño a lugares extraños a su cultura, idioma, valores y costumbres; un sueño, que a muchos le sabe a pesadilla, y que, sin embargo, no desmayaron porque el dinero es menester para sus familias que esperan en sus tierras nativas con el alma rota y el corazón partido. Para los migrantes de nuestros pueblos de la amerindia, la América mestiza, los afroamericanos y para todos y todas quienes creyeron en la abundancia y bondad humana y fueron desilusionados, vejados, humillados y asesinados en el trayecto del camino hacia el paraíso perdido.



I
capítulo
I

Escurriéndose, bajo la claridad de la luna nueva, un ser se desvanece a orillas del chispeante río. Son las diez y nueve horas del día cinco del mes séptimo del último año del segundo milenio del Señor. Había caminado muchos kilómetros y solamente un poco de agua y una migaja de un pan sin sabor la habían mantenido con energía hasta ese momento. Siente que sus piernas no pueden más y que sus pies queman como un horno de ladrillos; ahí donde su vida había tenido sentido ahora lo pierde y solamente por su mente cruza un hilo de esperanza. No hay rumbo sin brújula en la mano y no sirve la brújula sin un rumbo esperanzado. Es hora de descansar para volver a empezar, a pesar de la cruda realidad del ser envuelto en problemas y más problemas.

La noche había transcurrido besando suavemente ese cuerpo inmóvil que entre la vida y la muerte estuvo, y por la

mañana cuando las aves ya no cantaban, sino que habían emprendido el vuelo en búsqueda del alimento diario, un par de jovencitos que caminaban rumbo al colegio se detuvieron repentinamente.

—Mira Fabricio, hay alguien cerca de la orilla. ¡Es una mujer al parecer!

—Pues está cubierta de mucho lodo, y su rostro no se puede distinguir. Vamos por ella, Manuel, vamos.

Interrumpiendo su rutina diaria, los muchachos colegiales bajaron hasta la orilla del río. Cautelosamente se acercaron hacia ese cuerpo todo sucio e inmóvil. No hubo más palabras. El joven Fabricio se acercó más y con la punta de su negro calzado la tocó. No hubo reacción alguna y Manuel que a prudente distancia se encontraba rompió el silencio con un estornudo. Lentamente la claridad entró en aquellos hermosos ojos color café de la muchacha. Parecía que volvía en sí. Los dos muchachos intentaron alejarse al momento, pero Fabricio reaccionando al instante intentó levantar la cabeza de la chiquilla. Esta no hizo nada para evitar la ayuda proporcionada mientras sus secos labios pedían agua.

—¡Hay que avisar a la policía! —exclamó Manuel.

—Espera —dijo el compañero—. Tiene aspecto de migrante. Hay que ayudarla en este instante.

—¿Y las clases? —preguntó Manuel—. Son casi las ocho. ¡Vamos, o nos meteremos en serios problemas!

—No podemos dejarla en estas condiciones; ella necesita au-

xilio. Ven, toma mi pañuelo, mójalo en el río y tráemelo de vuelta, pero ya.

—Está bien, pero luego nos marchamos.

Manuel un tanto tembloroso tomó el pañuelo celeste, lo sacudió antes de mojarlo, y como un relámpago estuvo de vuelta. Su compañero de aula mojó los labios de la enigmática mujer, y luego limpió su rostro. Sintió compasión por ella y nada ni nadie haría cambiar esa fugaz idea que anidó para sí. Con ayuda de Manuel levantaron el débil cuerpo y emprendieron viaje en dirección contraria al colegio. Cruzaron el bosque de olorosos pinos y pronto una puerta crujía. Ahí sobre un montón de paja la depositaron y los dos salieron de la vetusta cabaña.

—Insisto, debemos avisar a la policía.

—No, Manuel. ¿Y si es una inmigrante? La tomarán presa y quien sabe más vaya a pasar.

—¡Pero eso no es asunto nuestro! A lo mejor la asaltaron, o la violaron... Podrían culparnos. ¡Vámonos!

—Ya es tarde Manuel. Traerla hasta aquí significa que ya estamos dentro de esta historia.

—Yo me voy.

Intentó caminar Manuel, pero su amigo lo tomó por los hombros y le obligó a sentarse sobre un tronco. Cuando iba a recriminarlo por su actitud, una débil voz desde dentro de la cabaña pedía agua. Los dos entraron de sopetón. Ahí estaba esa pobre mujer bañada en llanto y sin fuerza para ponerse en pie.



II
capítulo
II

Mucha lluvia había caído durante el día y el calor era insoportable. Dos muchachos sin decir palabra alguna miraban el bulto de una mujer que con profundo sueño descansaba ahí tirada sobre la paja. Al final en voz baja Manuel rompió el silencio:

—Ese caldo de pollo la emborrachó.

—Bueno, no precisamente, pero sí que duerme como lirón
—respondió Fabricio.

—¿Qué hacemos ahora? ¡Mira la hora que es! Es tiempo de irme a casa.

—Tú no irás a ninguna parte. ¡En esto estamos los dos!

—Pero, debo reportarme. ¡Y tú también!

—Ya lo sé, aun cuando mi padre habrá salido como es su costumbre para jugar con sus amigos y mi madre fue de viaje al interior a visitar a la abuela. No hay quien vea por mí.

—Ahora entiendo cómo conseguiste la sopa. Pero yo sí debo marcharme, mi madre habrá de estar buscándome en la cancha de básquet o en los juegos electrónicos.

—Ni lo pienses. Tú y yo, cuidaremos de esta mujer esta noche.

—¡Estás loco! No sabes quién es ella. Mejor me voy.

—Alto ahí. Tus sales por esa puerta y dejas de ser mi amigo.

—¡Pero Fabricio, no es para tanto! Debo regresar a casa ahora.

—Está bien. Ve a tu casa, pero luego de la cena regresas.

—Pero...

—Nada de peros. Aquí estaré esperándote. Ah, y me traes algo de comer. Que sean dos porciones.

Salió Manuel de prisa y se perdió en el bosque. Ya casi las sombras de la noche cubrían la comarca. Las aves habían retornado a sus nidos y el canto de los machos invitaba al recogimiento. El viento empezaba a soplar y llevar consigo el agua evaporada hacia otros sectores donde sean menester. Empezaba otra cálida noche.

Fabricio sintió cansancio, hambre y calor. Se desprendió de su camisa y la puso sobre una rústica banqueta de madera. Al poco tiempo se había quedado dormido profundamente. Habría transcurrido un par de horas, cuando ya había regresado el compañero.

—¡Y la mujer! —gritó Manuel

Fue tan fuerte el grito que de un sobresalto Fabricio se puso de pie. Estaba algo aturdido.

—¿Dónde está? ¿Qué hiciste con ella?

—Pues no lo sé. ¡Caí en un profundo sueño y solo me desperté hasta que tú llegaste!

—¡Vamos a buscarla!

Salieron los muchachos con una fuerte expresión de preocupación en sus rostros. No sabían qué dirección tomar, pero al final cerca del arroyuelo los dos estaban. Pensativos y sin decirse palabra alguna solo miraban hacia todas las direcciones intentando traspasar con sus miradas la ya oscuridad caída. Nada se escuchaba a parte del suave choque del agua con las piedras del lecho, y de momento en momento el agitarse de las ramas movidas por el viento.

Hacía un calor como de esos propios del verano estacional.

—¡Puf! —exclamó Manuel y, quitándose la roja camiseta, se acercó a la orilla del río, mojó su rostro una y otra vez y se sintió de momento aliviado. Acercándose muy lentamente, su compañero de aventura igual cosa hizo. Se sentó en la orilla y, quitándose los zapatos, introdujo sus pies en el agua. Momento de confusión pasaban los jovencitos y por varios minutos no hubo palabras. Manuel decidió jugar una broma a su amigo y empujándole al agua dijo:

—¡Salta! Para que te refresques todo.

Fabricio chasqueó el agua y, sin denotar su enojo, disfrutó del agua por unos momentos, luego saliendo hacia la orilla, se quitó los pantalones y los escurrió con fuerza. Manuel, a prudente distancia, reía a carcajadas.

—Acércate, que no te haré nada.

—¡Quién te cree! Recoge tus zapatos y vámonos.

—Espera un momento, mira ahí, cerca de esa piedra.

—No veo nada. Te estás inventando.

Fabricio se lanzó nuevamente al agua y avanzó lentamente hacia casi la mitad del río. Miró fijamente y sacudió el bulto. ¡Manuel! ¡Manuel! ¡Ven de prisa, ayúdame!

Sin pensarlo dos veces, saltó el muchacho al agua y como un rayo estuvo a lado de su compañero. Oh, sorpresa, un rostro conocido para ellos parecía camino del más allá. Con rapidez la sacaron del río. Fabricio la puso boca abajo y Manuel la golpeó fuertemente a la altura de los pulmones. Sin lograr su objetivo y desesperado Fabricio, la acostó boca arriba sobre el césped y apegó sus labios a los de ella, mientras Manuel presionaba con sus manos sobre el pecho de la ahogada. Pasaron algunos segundos o tal vez minutos hasta que la mujer vomitó el agua que en demasía le impedía vivir. Los muchachos aliviados se miraron el uno al otro.

—¡Y ahora! ¿Qué hacemos, Fabricio?

—No lo sé, Manuel.

—Llévemosla para la cabaña nuevamente.

—Creo que es lo mejor.

Los dos muchachos cargaron a la mujer y ya en la cabaña:

—¡No reacciona! Pero respira.

—Está empapada, hay que quitarle la ropa de prisa.

—No Manuel, ¿cómo crees...?

—Vamos, Fabricio, si no lo hacemos, ella podría pescar una pulmonía.

—Con este calor que hace, no creo que suceda aquello.

—En verdad te digo que es peligroso

—Está bien. Hagámoslo.

Fabricio que solamente traía puesto su ropa interior, sentía temblar su cuerpo mientras sus manos desprendían las prendas de la inconsciente dama. No dejaban de mirarla por ningún concepto. Ahí estaba tirada, semidesnuda, su mojado cabello, cubría la casi mitad del rostro. Como dos puntiagudas colinas eran sus senos celosos guardianes de su espesura púbica cubierta por un rosado tejido cuya etiqueta decía, *made in China*. Los dos muchachos sentían secarse sus gargantas, y muy hacia dentro un fuego quemaba sus cuerpos, algo que quería escaparse de sus cuerpos como el sol de Oriente.

—¿Qué haces Manuel?

—Mis pantalones están húmedos y pesan mis zapatos por el agua contenida.

—Pero...

—¡Pero nada! ¡Tú traes apenas tus calzoncillos!

—Es verdad. Mi ropa se quedó a la orilla del río. Iré por ella.

—Está bien. Y de paso, lleva fuera a secar la ropa de la chica... y mis pantalones también.

Salió Fabricio y como un rayo estuvo de vuelta en la cabaña:

—Manuel! ¿Oye, pedazo de imbécil, qué has hecho?

—Cálmate, también estaban mojados y decidí quitárselos.

—Pero, tú...

—Sí, sí. También estaban mojados los míos.

—No la habrás...

—No, no. Ven, haz tú lo mismo y gocemos del espectáculo. No me digas que tú no...

—¡Calla, idiota! ¿Y si alguien nos descubre?

—Hemos salvado una vida y estamos cuidando de ella mientras se secan nuestras ropas. ¿Hay algo de malo en ello?

—No, pero...

—Cierra la puerta, y haz lo que yo.

La curiosidad propia del ser humano despertada en los corazones juveniles de los dos muchachos, nublaron su razón por un instante y dejaron fluir sus emociones. Sus miradas estaban sobre ella que no retornaba de su viaje al infinito. Sus cuerpos quemaban más de lo normal y sentían que su sangre fluía en una sola dirección. La animalidad del hombre no podía esconderse porque nada había que ocultar de ese proceso biológico común. No hubo palabras y sus sentimientos de compasión se convirtieron en deseo que a semejanza de

un géiser quería escapar de las entrañas y esparcirse por doquier. Eran jóvenes en plena adolescencia que querían poner al mundo patas arriba.

—Manuel, sientes lo que yo...?

—Claro que sí, si no, mírame. Estoy a punto de ...

—¡No! Eso es una locura. Salgamos y hagamos lo de siempre.

Con emociones contenidas y pasión desbordante, dos desnudos cuerpos se perdieron en la espesura de la noche. Adolescencia que no razona sino se encarama en la cúspide del volcán en erupción y quema con su fuego la inocencia de la creación. Crujientes hojarascas delatan al transeúnte, mientras una suave brisa golpea sus extasiados cuerpos. Exhalan satisfacción en el paraíso mismo de sus carencias afectivas, mientras su corazón va retornando al común palpitar y la sangre fluye en torrentes continuos de vuelta a la normalidad.

—¡Qué bien estuvo esto! ¡Somos unas bestias!

—Me siento culpable, Manuel. Me dejé llevar por el impulso.

—Muchas veces lo has hecho. ¿Qué hay de malo en ello? Todos los chicos lo hacen.

—Esta vez fuimos lejos Manuel. ¡Nos inspiramos en ella!

—¿Ella? ¡Vamos a ver que ha pasado con ella!

Corrieron los mozuelos hasta la cabaña y de sopetón entraron. Al mismo tiempo la chica abría los ojos lentamente. Se llevó las manos a sus ojos y los restregó, luego fijó su mirada

en los muchachos y gritó. Manuel de un brinco se acercó y pidió se callara, pero ella llevándose las manos a sus partes íntimas gritó más fuerte. Fabricio intentó cubrir su intimidad con sus manos, mientras Manuel tapaba la boca de la muchacha con sus manos. Ella se sacudía, y Fabricio habló:

—Cálmate. No te haremos daño. Cálmate. Te salvamos dos veces de la muerte.

—Es verdad. Si te calmas, te soltaré y te contaremos lo que ha ocurrido.

La muchacha asintió con la cabeza y Manuel quitó sus manos de la boca de ella. Temblaba y sus manos eran escudo de su intimidad. A prudente distancia los dos muchachos se sentaron en frente de ella. Un breve silencio fue interrumpido por el ruido de algún ave nocturna.

—Ustedes son...

—Sí mujer. Nosotros te recogimos la primera vez. Pero tú desapareciste...

—Salimos en tu búsqueda, y te rescatamos del río —corroboró Fabricio—.

—Nuestra ropa está húmeda, y por eso...

—¡Ustedes se aprovecharon de mí! —la chica rompió en llanto—.

—No, no. Apenas te desvestimos, salimos a secar la ropa y solo hasta ahora hemos regresado.

La chica palpó su tesoro y, sintiéndose intacta, dejó de llorar.

Se incorporó, respiró profundo, desvió con una de sus manos las lágrimas de sus ojos y, mirando a los muchachos dijo:

—Gracias por todo. ¿Podrían conseguirme algo con que cubrir mi cuerpo?

—Por supuesto —dijo Fabricio, que, igual que su compañero, miraba atontado la figura de la mujer.

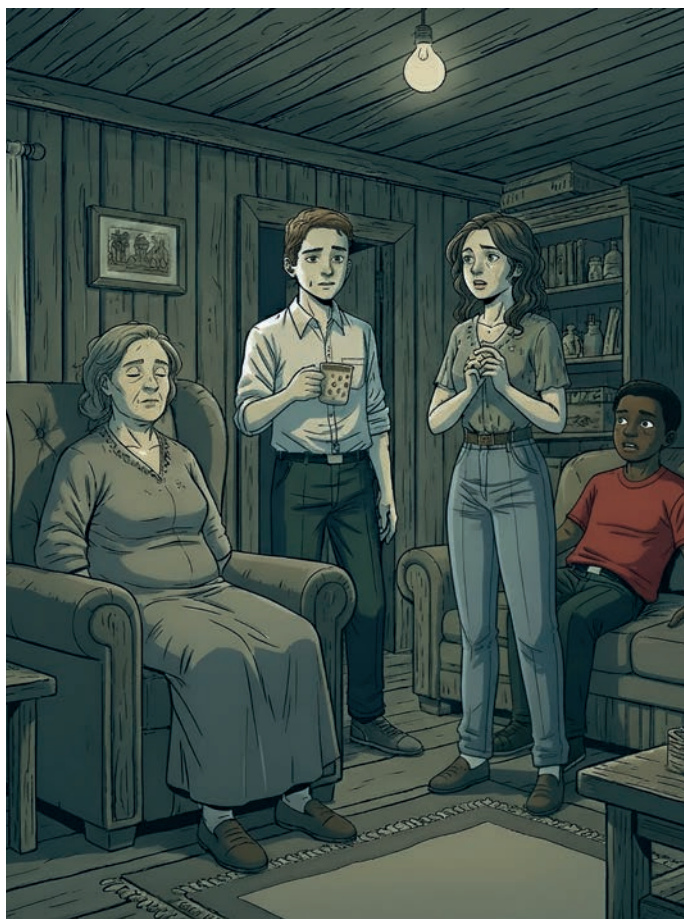
—Sería bueno que ustedes también lo hagan —recalcó la chica.

Como robots idiotizados, los muchachos cubrieron con sus manos sus ya flácidos cañones y salieron de la cabaña. Al poco tiempo, vistiendo sus interiores regresaron con los de ella.

—¡Están todavía mojados! —dijo Manuel.

—No importa. Dámelos. ¿Podrían darse la vuelta, por favor?

—¿Cómo te llamas? —preguntó Fabricio con voz entrecortada.



TTT
capítulo
LLL

La oscuridad había tomado cuerpo. Demasiadas emociones impactaron a los muchachos quienes se olvidaron de sus hogares y ya hacia la madrugada se quedaron profundamente dormidos.

—¡Manuel! Despierta.

—¿Qué pasa? ¿Qué hora es?

—Debemos ir al colegio. ¡Oh, no! Nuestros uniformes...

—Están secos —dijo una voz muy agradable desde la puerta de la cabaña. Era la chica, con una bella sonrisa, lanzando la ropa a los muchachos que estaban recostados sobre la paja.

—¿Qué pasó?

—Pues que ahora yo los he cuidado por el resto de la noche.

—¿Qué pasará contigo, Diana? —preguntó Fabricio con preocupación.

—Seguiré mi camino. Debo buscar trabajo, casa y comida.

Los muchachos se miraron el uno al otro y, sin palabras, conversaron.

—Quédate en esta cabaña hasta la tarde —dijo Manuel—. Habrá noticias cuando regresemos. Te lo aseguro.

—Ya han hecho bastante por mí. No quiero involucrarlos en problemas. De prisa, las clases los esperan.

—No te vayas, por favor —replicó Fabricio—. Te prometo que no iremos a la policía. Conocemos a alguien que necesita tus servicios y te tratará muy bien.

—Gracias, chicos, pero debo alejarme de la frontera lo más que pueda.

—Esta persona vive a diez kilómetros de aquí, en una casa alejada de la vía principal —contestó Manuel—. Además, no tienes otra opción por el momento. No puedes salir en el día, sería muy peligroso.

Diana se quedó pensando por un momento. Miró sus manos algo lastimadas y su vestido, con algunos rasgados. Volvió la mirada hacia los jóvenes y sonrió.

—Está bien. Esperaré en el bosque por si acaso alguien viene.

—Tranquila. Quien fuera dueño de este paraje hace algún tiempo murió. Nadie viene por aquí ahora —recalcó Manuel.

—Hay algo de pan en esta bolsa. Resistirás hasta el atardecer —añadió Fabricio.

Salieron los muchachos en dirección al colegio. A pocos pasos de este, alguien los saludó: era Josefina, su compañera. Entra-

ron al recinto del saber. Fue una de las jornadas más largas que jamás habrían tenido, de no ser por su preocupación por Diana. Apenas sonó la sirena, los dos salieron en carrera.

—Manuel, irás a ayudarme con la tarea de matemáticas, ¿verdad? —preguntó Josefina.

—Hoy no puedo.

—¿Y tú, Fabricio?

—Sabes bien que las matemáticas no son mi fuerte. Adiós.

—¿A dónde van tan de prisa?

—Después te lo decimos.

Qué desilusión cuando, al llegar a la cabaña, nadie los esperaba. Manuel se sentó en la paja y cubrió su rostro con las manos. Fabricio, asomándose a la puerta, miraba en todas las direcciones.

—Lo sabía, ella nos engañó.

—Espera, Manuel. No la juzgues de esa manera. Ella tiene miedo.

—Pero debe confiar en nosotros.

—Somos desconocidos. Igual me pasaría si...

—Después de lo de anoche, ya no somos desconocidos.

—Cállate, alguien viene por detrás de la cabaña.

Salieron los dos y, cautelosamente, se dirigieron hacia la parte trasera de la cabaña. Repentinamente, alguien gritó.

—¡Diana! Somos nosotros, cálmate.

—Pensamos que te habías marchado —dijo Manuel.

—¿Estás bien?

—Bueno... luego de este susto, tengo los nervios de punta.

—Ya pasó, ven, entremos —dijo Fabricio, poniendo su brazo derecho sobre los hombros de ella, mientras Manuel tomó su mano.

—¿Dónde fuiste?

—Tuve una necesidad... que solo yo debía hacerla.

Los tres rieron de buena gana. Esperaron a que oscureciera y salieron con rumbo norte. Evitaron caminar por la carretera principal y, pasadas las nueve de la noche, golpeaban la puerta de una enorme casa. Los ladridos de los caninos no se hicieron esperar y alguien los dejó entrar.

—Por aquí muchachos, pasen, pasen. Ayúdenme a buscar mi silla. Alguien más viene con ustedes, lo puedo percibir. Claro que sí, mi olfato es agudo, ¿saben? Desde que perdí la visión... A ver, y es una mujer. Sí. Acércate, muchacha. ¿Cómo te llamas?

La chica enmudeció. Aquella mujer, de unos cincuenta años, desaliñada, le causaba miedo. Fabricio tomó la palabra y dijo:

—Doña Norita, le presento a Diana. Ella necesita de su ayuda.

—Sí Doña. Creemos que solo usted puede ayudarla —replícó Manuel.

—A ver muchachos, tomen asiento y explíquenme poco a poco. Fabricio, ya conoces dónde guardo los mantecados. Ve por ellos y soy todo oídos.

Norita, a pesar de su aspecto poco amigable, era una mujer de buen corazón. En la vida tuvo muchos reveses, y el más grave fue la pérdida de su visión. Se había casado a los treinta años con un militar de carrera, quien un día la abandonó para servir a su patria, por la cual perdería la vida en la guerra del Golfo. Dura situación aquella: escoger entre lo que se ama y lo que se debe.

En verdad, no fue un padre ejemplar, pues su vida transcurrió entre los militares y para los militares. Así, su hijo se crió bajo la tutela casi única de su madre. Un hijo que hacía cinco años no la visitaba, y de quien solo sabía lo que, de vez en cuando, le contaba su vecino Pancho. Sabía que ahora era corredor de seguros en Nueva York y que tenía tanto éxito que apenas se daba tiempo, los fines de semana, para compartir con algún amigo o amiga en bares exclusivos. Ni una carta había llegado para la abnegada madre.

“Dicen que ahora lo más práctico es el denominado correo electrónico; pero eso, claro, es para quienes tienen buena vista”, comentaría alguna vez.

Norita extrañaba la compañía de su hermana Sandra, quien había marchado dos años atrás hacia Centroamérica para reunirse con su familia, a la que no veía desde hacía veinte años. Sandra, al igual que ella, era oriunda de Nicaragua, y ambas habían logrado la residencia americana hacía pocos años, después de mucho sufrimiento.

La Doña, como la llamaban los vecinos, decidió establecerse cerca de la frontera tras la muerte de su esposo. Necesitaba el contacto cálido con gente de su región, de su religión y de sus costumbres. Hablaba el *american English*, pero prefería su nativo español.

Cuando sucedió la desgracia —lo de sus ojos— trabajaba en una fábrica de pinturas, y alguien, por descuido, lanzó una nube de ácido diluyente que oscureció la vida de Nora para siempre. Afortunadamente, el gobierno, tras la muerte de su esposo, le asignó una pensión. “No ha habido nada extraordinario —comenta a menudo—. He sido feliz en medio de mi tristeza. He asumido la realidad de la soledad y la invalidez, y no culpo a nadie por ello, ni siquiera al destino, porque sé que no lo hay. Intento ser yo misma y vivo para ayudarme a vivir”.

Aprendió a valerse por sí misma y se hizo asidua oyente de la radio, especialmente de los programas de concursos. Algunos premios han ganado, y entre ellos un par de gafas — cuenta riendo—.

“Extraño a mi hijo, pero en realidad él está haciendo su vida; la va construyendo sobre bases firmes, estoy segura de ello. Claro que lo quisiera aquí, muy cerca, donde pudiera tocar su rostro y escuchar su respiración. Por supuesto, él ya es un hombre hecho y derecho. Ojalá le toque una buena esposa”.

“De mi difunto marido muy poco podría comentar, pues su vida fue el servicio militar. A pesar de que nos movíamos continuamente de sitio en sitio, él tuvo muy poco tiempo para la familia. Incluso el día del nacimiento de nuestro hijo no estuvo presente. Es verdad, nunca nos faltó nada, pero

en lo afectivo hemos sido huérfanos. No sé por qué lo escogí como esposo, tal vez porque siempre me han impresionado los uniformados con esos cuerpos tan bien formados. Mi madre, de haberlo sabido, no lo habría permitido; y mi padre, menos aún, sabiendo que mi esposo era americano”.

“De todas maneras, creo que fue un gran hombre: brillante, fuerte y sano. Gustaba mucho de los postres, especialmente del dulce de higos con cuajada fresca. Ah, y los carnavales, al puro estilo latino, donde reía y bailaba con tanto gusto que contagiaba a todos. Mi padre murió sin conocerlo, y mi madre apenas tiene alguna foto de él. Nunca pudimos regresar a mi tierra natal, y ahora menos intención tengo de hacerlo. Ojalá algún día mi hijo pueda besar a su abuela materna”.

Estos fragmentos de la historia de Doña Nora cruzan por la mente de Manuel, mientras esperan a Fabricio que regresa con unos deliciosos mantecados preparados por la dueña de casa. Mucho tiempo habrá luego para que Diana y aún los mismos chicos se enteren de las facetas de la vida de Doña Nora Córdova Arcentales de Brown.

—Y bien, ¿dónde está este chiquillo que no aparece con los mantecados?

—Aquí estoy, Doña Nora, aquí estoy de vuelta.

—Muy bien. Con que te llamas Diana... ¿Diana qué?

—Diana Sánchez Villa, para servirle. señora.

—Ajá. ¿De dónde vienes?

La chica enmudeció y miró fijamente a los muchachos como

preguntándoles cuan fiable sería contarle a la Doña. Un miedo helado recorrió su cuerpo. Hubiera querido correr ese momento, pero algo le decía que esperara. Nada conocía de la Doña, pero sintió hambre y sed, y tal vez ahí estaba su protectora. No tenía documento alguno y era su palabra contra la de la interrogadora. Fabricio asintió con la cabeza, al momento que Nora ante el silencio ocurrido, dijo:

—Bueno muchacha, si quieres que te ayude, debo conocer algo de ti. ¿O no?

—Perdón señora, es que...

—Tranquila, nadie te hará daño. Es más, los policías no son mi tipo.

Todos rieron de buena gana. Manuel se recostó sobre el sofá sin quitar su mirada de Diana. Fabricio tomó su mantecado y lo empezó a saborear suavemente mientras que la Doña tomó un ábaco para sortear el calor que hacía. La muchacha tomó confianza y empezó su historia.



TV /
capítulo
TV

O riunda de un pueblo de orfebres llamado Chordeleg localizado en la zona austral del Ecuador, Diana es la tercera en el orden de nacimiento de un grupo de ocho hermanos y hermanas. Su padre fue un maestro artesano que por muchos años dedicó su vida a construir joyas de oro y plata. Lamentablemente un fin semana cuando en estado etílico se encontraba, bebió por confusión el aguarrás que lo condujo al mundo de los inanimados. Su madre es una artesana de la paja toquilla y es quien cuida de la huerta familiar. Sus tres hermanos apenas han aprendido algo del oficio de su padre. Solo los más pequeños van ahora a la escuela, porque no hay dinero para que los otros ingresen al colegio. Tras la muerte de su padre, Diana decidió emigrar a los Estados Unidos, contagiada por el sueño americano como estaba, hipotecó la casa de su familia y habiendo realizado el contacto con un coyote emprendió el vía crucis. Atrás quedaron sus costumbres, sus amistades, su tierra e inclusive ahora reniega

de su religión.

Fue la más tranquila de la clase. Cursaba ya el último año del bachillerato cuando sucedió la desgracia. Por tratarse de un medio social machista, cualquiera habría aceptado el viaje de alguno de sus hermanos, pero no el de una mujer, y menos aún el de una muchacha de veinte años. Hasta el cura párroco había aconsejado a su madre sobre los graves peligros que aquella aventura significaría para Diana. En realidad, no estuvo lejos en su predicción.

La situación se dio, y una larga jornada fue emprendida desde Sudamérica hasta la tierra de las pieles rojas. Era un grupo de cuarenta personas, en su mayoría varones venidos de distintos pueblos y ciudades del país.

Todo parecía tranquilo hasta que llegamos, por avión, a Guatemala. Allí nos juntaron con otros tantos venidos de otros países. Nos reagruparon, y a mí me tocó, en suerte, compartir una sola habitación con una salvadoreña y dieciocho latinos más. Algunos esperábamos de pie el turno para descansar sobre el piso. Nos daban un pedazo de pan, dos bananas, una menestra de fréjol y agua, una sola vez al día. Solo había un servicio higiénico y nada de duchas. Nos quitaron todo lo extra que teníamos. No se podía hablar alto. Fue la primera semana de encarcelamiento turístico en ese país centroamericano.

Un viernes, muy de madrugada, nos despertaron y nos subieron en camionetas de esas que transportan ganado. Después de alrededor de una hora de viaje llegamos a un río. Allí nos bajaron a todos y ordenaron que nos desnudáramos y entráramos al agua. Nos dieron un pedazo de jabón a cada

uno y una peinilla que nos prestábamos entre todos. El olor nauseabundo de los últimos días se nos había vuelto familiar, y pensar en un baño era casi una ilusión perdida.

Antes de bañarnos, pidieron que dejáramos la ropa en un solo montón, prometiendo que al cruzar el río alguien nos esperaría con ropa limpia en la otra orilla. No pudimos demorar en el agua, y pronto filas de cuerpos desnudos se dirigían hacia la orilla donde las luces de linternas anunciaban la partida. Se nos llamó por nombre y apellido, y a cada uno se le asignó un paquete que contenía ropa, zapatos, galletas, una barra de chocolate y una botella con agua. Fue nuestra primera Navidad en el exilio.

Esta vez, algunos destartalados buses nos transportarían hacia un puerto. Allí vi por última vez a aquella procesión de gente aventurera. Solo treinta y cinco, más los dos guías, nos embarcamos en una lancha a motor. Antes de que el sol se levantara, ya estábamos en un barco atunero.

El primer día me pareció hasta simpático, a pesar de los mareos y las náuseas. El vuelo de los pájaros marinos me hizo olvidar por un momento la difícil situación de los días anteriores. Aún tenía las galletas y la barra de chocolate, pero la sed era cruel con todos, hasta que en la noche se nos brindó la primera ración: maduro asado con pescado frito y un poco de arroz blanco. Esa sería nuestra comida diaria durante el primer mes de navegación.

Hubo días y noches en que el barco no se desplazaba en ninguna dirección, y ninguno de la tripulación daba explicación alguna. En el grupo había tres mujeres; formamos un equipo y, en silencio, juramos ante Neptuno, señor de los mares,

que no nos separaríamos, ni siquiera al llegar a nuestra meta.

Los hombres, con su acostumbrado vocabulario, hablaban de sus correrías y, de vez en cuando, nos miraban maliciosamente. Nosotras no les hacíamos caso. Un día, dos hombres de la tripulación nos llamaron a las tres y nos ubicaron en una pequeña barraca con una cama. Su gentileza fue mucho más allá y, ante la petición de mi compañera Lola, nos regalaron agua para bañarnos y algún perfume barato, cortesía del capitán.

En alta mar, desde otro barco desembarcaron cajas con no sé qué, y en la tarde nos encerraron con llave en la barraca. Supimos que era por “precaución”, porque se acercaban a un puerto para aprovisionarse. Algo festejaban los de la tripulación, y ya en la noche nos invitaron a cenar con ellos. El capitán pidió a dos marineros que tocaran las guitarras y, mientras aplaudían, nos turnábamos para bailar.

Nunca en mi vida había bebido alcohol, pero esa noche me sentía volar. Me olvidé de mis penas y reía como loca. Mis compañeras estaban igual o peor que yo. La alegría no podía durar mucho. Allí, sobre la cubierta del barco y bajo la luz de la luna, fuimos salvajemente violadas.

Fueron ocho desgraciados los que me vejaron, arrebatándome la virginidad que había guardado con tanto celo. Mi borrachera desapareció al instante. Sentí rabia, y lloraba como una Magdalena. Al final, Lola se acercó con una botella de alcohol en la mano y dijo: “Muchacha, esto solo es el principio. Bebe y olvídale”. Tomé la botella y estuve a punto de romperla en la cabeza de uno de los marinos que dormía cerca, pero Lola me contuvo: “Muchacha, aprovecha el contenido para

lavar las impurezas que te dejaron estos desgraciados, y luego rompe la botella en la cabeza del primero que se te acerque”.

Dejé de llorar. Hubiera querido galones de licor para bañar mi cuerpo y limpiar los besos robados por esos malandrines. Tomé un buen sorbo de alcohol y soplé con fuerza sobre mi intimidad. Grité de dolor, de ardor y de ira. Grité con todas mis fuerzas, como queriendo que alguien viniera a socorrerme o me despertara de esa pesadilla.

El silencio era absoluto, solo se escuchaba el chasquido de las olas contra el casco del barco. La luna se escondió por un momento, como avergonzada de tanta maldad y de su impotencia para evitarla. Lola se acercó nuevamente y dijo: “Eso no es suficiente, muchacha. Derrama más licor y evitarás un embarazo”.

Me retorcí de dolor. Entonces me quitó la botella, me abrió las piernas y sentí el frío pico del vidrio rozando mi piel. Luego, un chorro ardiente bañó mis entrañas, y me sentí desmayar. Escuché gritar a Lola y supuse que había hecho lo mismo.

Pasaron unos minutos. Las dos permanecíamos con las piernas abiertas, dejando que la brisa del mar entrara en nuestras cavidades y aliviara el sufrimiento. De un salto me incorporé y pregunté por María, nuestra compañera. A unos diez metros yacía un cuerpo semidesnudo. Arrastrándonos sobre la cubierta nos acercamos y la llamamos.

“Está desmayada”, pensé. Pero Lola gritó: “¡No! ¡No, no, no! ¡Desgraciados, la mataron!”.

En verdad la habían golpeado salvajemente, y un hilo de sangre corría por su rostro. Fue un amanecer tormentoso. Corrí por ayuda, pero era demasiado tarde. Pensé en avisar a los varones encerrados en la barraca, pero Lola me detuvo: “¿Quieres que nos maten a todos? Déjalo así, ya ellos se encargarán del cuerpo”.

El resto de la madrugada nos quedamos allí, junto a nuestra inerme compañera. No hubo palabras ni más lágrimas. Lola parecía balbucear una oración, y yo me sentía impura, como la peor de las mujeres. Por un momento, incluso pensé en lanzarme al mar. Las olas no dejaron de golpear el casco del barco, quizá en señal de protesta contra tanta ignominia... o simplemente, acostumbradas a la rutina.



V
capítulo
V

La claridad del día nos sorprendió en medio del desasosiego. No hubo más lágrimas en nuestras mejillas, y una sensación de venganza mantenía inquietos nuestros espíritus. Aparecieron los guardias de turno, cargaron con el cuerpo de María y desaparecieron. Volvimos a nuestra barraca, mustias como la arena del mar. Transcurrieron muchos días —en realidad no sé cuántos— hasta que, cuando mis ojos volvieron a ver la luz del sol, se lastimaron.

Nunca escuché comentarios sobre lo sucedido, aunque Lola sí. Ella me contó acerca de la lascivia con que brillaban los ojos de algunos marineros. Al capitán solo lo vi nuevamente cuando desembarcamos en el puerto de abastecimiento.

Una mujer gorda, de cabello oxigenado, le hizo señas al capitán. Este nos dijo que debíamos aprovechar la ocasión y

que nos dirigiéramos hacia un camión azul que estaba en una esquina del puerto, con los motores encendidos, listo para la huida.

Lola y yo bajamos apresuradamente las escaleras y corrimos hasta el vehículo. El sonido de las sirenas se escuchó a lo lejos, y mientras el camión arrancaba, pude ver cómo muchos uniformados formaban un cordón de seguridad frente al barco.

Una mujer, con acento peruano y que ya se encontraba dentro del camión, exclamó:

—¡Qué mala suerte!

Hasta ahí supe de los varones que viajaban de contrabando en el barco atunero. Hasta ahí comprendí que la suerte no había sido del todo mala para nosotras. Hubiera querido sonreír, pero el recuerdo del dolor tensaba cada músculo de mi cuerpo. Creo que viajamos alrededor de seis o siete horas; lo supe porque mi estómago rugía como los fuegos piro-técnicos del Corpus Christi. Lola dormía en ese momento, y la mujer que nos acompañaba también.

El camión se detuvo, y alguien nos pidió que descendiéramos del furgón. Era un hombre moreno, alto y fuerte, quien nos condujo a una casa rodeada por altos muros. Serían las cinco de la tarde, porque el sol estaba casi oculto. Nos llevaron hasta una habitación donde había muchas literas. Entonces, la mujer que nos había acompañado en el camión señaló hacia el fondo, donde había duchas, jabón y toallas.

—¡Toallas! —exclamó Lola—. ¡Por fin toallas!

Yo casi había olvidado el sabor de una pasta de dientes. Lavé y lavé mis dientes con fuerza y cuidado a la vez, hasta que sangraron mis encías. Lola se deleitaba bajo la ducha, enjabonándose una y otra vez, mientras tarareaba una melodía de su tierra.

La limpieza estaba hecha, pero el hambre se apoderaba de nosotras. Ropa limpia nos fue entregada; aunque no era nueva, resultó un lujo en comparación con la que hasta hacía poco habíamos vestido.

El mismo hombre negro que nos recibió, nos llevó hasta un comedor donde pudimos saciar nuestra necesidad. Un poco después se nos fue permitido regresar al dormitorio donde me sentí a salvo y pude descansar en paz por algunas horas.

A la mañana siguiente, el hombre negro nos pidió que lo acompañáramos hasta una oficina.

— Esto no huele nada bien — dijo Lola .

—El negro no habla, no hemos visto a más gente... y ahora, en esta oficina...

No pudo continuar porque, en ese momento, la misma mujer gorda de cabello oxigenado que habíamos visto en el puerto entraba en la oficina.

—¡Qué tal, señoras! ¿Cómo están?

—Bien —le respondimos.

—Soy la señora Armendáriz, pero me gusta que me llamen tía Betsy. A ver... tú eres Diana y tú debes ser Lola. ¿Me equivoco?

—No —contestó Lola.

—Muy bien, señoras. Tengo en mis manos su ruta, pero existe un pequeño problema.

—¿Cuál? —pregunté, algo preocupada.

—Como se habrán dado cuenta, la carga no está completa. Quienes venían con ustedes han sido apresados, y tomará algún tiempo antes de que salgan libres. Lo más probable es que sean deportados. Bueno, negocios son negocios, ¿saben? Pero yo no puedo perder dinero. Así que, si ustedes quieren continuar el viaje, deberán pagar dos mil dólares más.

—No es culpa nuestra que los hayan apresado —respondió Lola—. Yo he pagado por todo el viaje, y se me ofreció ponerme a salvo en tierra americana. No tengo un solo centavo conmigo.

—Calma, muñeca, eso se puede solucionar con una llamada. Toma el teléfono y llama a tu familia para que te envíen el dinero. Este es el número de cuenta bancaria donde deben depositar.

—¡Imposible conseguir esa cantidad! —exclamó Lola—. He vendido todo lo que tenía: mi casa, mis muebles, todo. Junté hasta el último centavo para pagar el viaje. Tenga compasión. He dejado a mis dos pequeños hijos al cuidado de mi madre, ya que mi marido me abandonó hace mucho tiempo. No tengo dinero.

Lola rompió en llanto.

—¿Y tú? —me preguntó la tía Betsy.

La tía Betsy se veía muy enojada. Su rostro recordaba a aquellos personajes de los cuentos de brujas que mi abuela solía contarme por las noches antes de dormir. No parecía inmutarse ante la situación de Lola, y menos lo haría si yo le contaba la mía. Dos mil dólares era una suma imposible de conseguir, sobre todo sabiendo que las propiedades de mi familia ya estaban hipotecadas. Imaginé el dolor de mi madre al enterarse de lo que estaba viviendo, y no quise agravar su sufrimiento.

Dudé por un instante; pensé en contarle lo sucedido en el barco, pero enseguida comprendí que sería inútil. La tía Betsy volvió a preguntarme:

—Diana, ¿vas a llamar ahora a tu familia?

—Es inútil —le respondí.

—Muy bien, chicas —dijo con una sonrisa helada—, negocios son negocios. El viaje no puede continuar. Tienen dos alternativas: la primera, hay un patrullero esperando fuera de la casa, directo a la cárcel, y luego serán deportadas; la segunda, quedarse trabajando aquí hasta reunir el dinero necesario para pagarme. Ustedes deciden, y debe ser en este momento.

Lola dejó de llorar y, con ingenua gratitud, agradeció la “gentileza” de la tía Betsy. La segunda opción parecía la salvación, y yo me sumé a su decisión.

La tía Betsy rio y se marchó, pero antes llamó a un tal Tomás. Así supimos el nombre del hombre negro que nos había traído hasta allí. Ya no se mostraba tan amable como

antes. Nos condujo hasta una habitación oscura que olía a tabaco y alcohol. Detrás de él entraron cuatro uniformados, y la puerta se cerró con un golpe seco. Habíamos escogido la peor alternativa. Intentamos escapar, pero fue en vano. Ante la malicia de aquellos hombres, la puerta no cedió. Al principio intentamos resistir, pero la batalla se perdió pronto: nos golpearon salvajemente.

—¡Recuerda lo de María! —me gritó Lola.

El miedo a la muerte me invadió, y mi cuerpo fue presa fácil de la lascivia policial. No quedó un solo espacio en mí que no fuera manchado por el deshonor. Mi mente se nubló, como si mi alma hubiera abandonado aquel cuerpo torturado. Cuando terminaron, desnudos como estaban, se jactaban entre ellos, comparando el tamaño de sus miembros y riendo con obscenidad. Luego destaparon una botella. Uno de ellos, el más joven, se acercó y me ofreció un trago. Tomé la botella con furia y quise romperla en su cabeza, pero me contuve. Derramé un chorro de alcohol sobre mis heridas. El dolor fue insoportable. El policía me arrancó la botella de las manos y gritó:

—¡Perra! ¡Perra!

Lola sollozaba en un rincón. Los violadores se vistieron, se ajustaron los uniformes y se marcharon como si nada hubiera pasado. Tomás apareció de nuevo. Nos ayudó a vestirnos y nos llevó a un pequeño cuarto con tres camas y un baño. Hubiéramos querido tumbarnos, pero él nos indicó que debíamos ducharnos. Lola estaba muy golpeada para mantenerse en pie, así que el hombre negro la ayudó. Luego sacó

un aerosol de su bolsillo y lo roció en nuestras partes íntimas. Miró fijamente a Lola, y sin decir una palabra, le puso el frasco en las manos antes de marcharse.

Lola comenzó a gritar desesperadamente, como loca. Yo hubiera hecho lo mismo, pero ¿para qué? Habíamos caído en manos de una coyotera, la dueña de un prostíbulo: la famosa tía Betsy. Un oscuro panorama se abrió ante nosotras, sin salida posible. Nos condenaron a vender nuestros cuerpos, aunque nunca supimos por cuánto, porque jamás recibimos un solo centavo durante aquel infierno.

Con el paso de los días conocimos a otras mujeres que sufrían la misma suerte, y a otras que ya habían convertido aquella pesadilla en su forma de vida. Pero los arpones de la maldad no se ensañaban solo con las mujeres: también había hombres sometidos a las mismas humillaciones. Habíamos caído en el fondo del abismo, donde la aberración era lo común. Adolescentes eran condenados a las más crueles deprivaciones que pueda imaginar.

Recuerdo el caso de Carlos, un muchacho de diecisiete años que venía desde Colombia. Era un joven apuesto, fuerte para su edad. Había quedado huérfano luego de que los paramilitares asesinaran a toda su familia. Escapó de milagro, y en la costa del Pacífico conoció a un coyotero que lo embarcó hasta aquel infierno.

Lola le tomó mucho cariño, y fue ella quien me contó lo sucedido con él: Carlos fue violado por el jefe de la guardia civil. Los subalternos del jefe lo sujetaron de pies y manos mientras el depravado abusaba de su cuerpo. Nadie atendió

sus gritos de dolor y rabia. Pobre muchacho, su sueño americano había terminado, y desde entonces nada le importó. Cada día se volvió una rutina sin sentido. Cada hombre que pasaba por su cuerpo era un dardo que alimentaba su odio hacia el mundo.

La posibilidad de escapar se veía cada vez más lejana, pues los mismos policías eran clientes del burdel de la tía Betsy. Un día, Lola y Carlos intentaron saltar el muro, pero la suerte no estuvo de su lado. Pasaron casi una semana recuperándose de la paliza. Cada amanecer, cuando el sol calentaba nuestra celda, intentaba consolarme con la idea de un futuro distinto, lleno de alegría. Pero al llegar la tarde, mi cuerpo temblaba solo de pensar en el cliente que me tocaría esa noche.

Tomás solía decirme que yo tenía suerte, porque me enviaban clientes “limpios y generosos”: políticos, hombres de renombre... hasta un cura que venía todos los miércoles a las nueve en punto. Pero para mí, todos eran iguales: una gran porquería, cargada de morbosidad y brutalidad.

El cura nunca pronunciaba palabra alguna, pero jamás olvidaba persignarse antes de iniciar el acto. El alcalde fumaba un cigarrillo y luego se inyectaba algo que le desorbitaba los ojos, hasta parecer un toro enfurecido. Cada cliente era único en su propio infierno. Ciento veintitrés días y sus noches padecemos en aquel antro de perdición, hasta que un día, movido por algún sentimiento humano, el negro Tomás nos ayudó a escapar. Era el encargado de las compras en el mercado y de sacar la basura fuera de la ciudad.

Nos escondió bajo una lona en la camioneta y, en pocos minutos, nos embarcó en un autobús rumbo al norte. Lola le regaló un beso en la mejilla y le susurró algo al oído que nunca me reveló. Carlos le dio un apretón de manos y un fuerte abrazo. Yo no dije nada, solo lo miré y subí al autobús.

Durante el viaje, miraba a través de la ventana los paisajes del México de los Panchos y de Cantinflas. Reí a solas, recordando escenas del cómico de oro. ¿A dónde íbamos? No lo sabía, ni me importaba. Solo me alegraba haber escapado del infierno.

Lola dormía recostada sobre el pecho de Carlos. Fue entonces cuando comprendí que entre ellos había nacido algo hermoso, una relación más fuerte que el miedo, sin importar los diez años que ella le llevaba. La tarde cayó, pero ya no sentí la desesperación que solía acompañarme. Por primera vez en mucho tiempo, respiré profundamente... y aunque temía dormir, porque no quería despertar presa otra vez, aquella noche me sentí, al fin, libre.



VIT
capítulo
VI

Serían como las ocho de la noche cuando el bus se detuvo en algún paraje. El ayudante del chofer anunció:

—Si alguien desea merendar, puede bajar. Disponen de treinta minutos, luego reanudaremos el viaje.

Carlos, que había estado dormido, se levantó del asiento y preguntó:

—¿Quieren comer algo?

—Yo no traigo dinero —respondió Lola.

—Yo peor —dije.

—No he preguntado si traen dinero —replicó Carlos—. Dije si quieren comer.

—¿Cómo? —preguntó Lola, sorprendida.

—Claro. Algunos clientes se portaron bien conmigo, y pude esconder algo de dinero en mis interiores.

Lola sonrió, y los tres bajamos al pequeño restaurante a la vera del camino. Nuestro acento extranjero nos delató, pero ninguno de los viajeros pareció prestar atención; quizás ya estaban acostumbrados. Por precaución, ocupamos una mesa en un rincón apartado, donde pudimos intercambiar algunas palabras. La verdad, lo que más teníamos era hambre y sed.

—¿Y ahora qué haremos? —pregunté.

—Comer, y luego veremos —dijo Lola.

—Hasta donde nos lleve este bus, y entonces sabremos —corroboró Carlos.

Mientras tanto, dos policías entraron al salón. Uno de ellos preguntó:

—¿Todo bien por aquí, Guadalupe?

La mesera respondió con amabilidad:

—Sí, oficial, todo bien, gracias. ¿Quiere servirse algo?

—No, Guadalupe. Regreso a la medianoche por aquí.

La chica le agradeció, y los dos uniformados se marcharon. Por un instante, los tres quisimos vomitar, pero nos contuvimos. El corazón parecía salirse del pecho, y a Lola le faltó el aire. Pasaron unos minutos antes de que la tranquilidad volviera y pudiéramos terminar la comida.

Por suerte, la ropa que llevábamos —la misma que nos habían dado en el burdel— era común, como la de los pobladores del lugar. No llamábamos la atención. Decidimos hablar poco, para que nadie notara nuestros acentos. Reanudamos el viaje, y el sueño me venció por algunas horas. Solo el frío de las montañas que cruzábamos me hizo despertar. Una gentil señora que viajaba a mi lado sacó de su bolso una manta y también me cubrió. El autobús se detuvo nuevamente: era hora del desayuno. Mis posaderas ya no resistían, y lo único que deseaba era caminar un poco. En la cafetería, Carlos pidió algo para los tres, mientras Lola se dirigía al baño.

—Carlos dijo: He averiguado que a eso de las cuatro de la tarde llegaremos a la estación del autobús, y que la conexión sería a las diez de la noche o existe otro turno para las siete de la mañana del día siguiente.

—¿Y a dónde llegaremos?

—El lugar se llama Hermosillo.

—¿Y está eso cerca de la frontera?

—No, Diana. Todavía hay un largo trecho hasta Ciudad Juárez, que está justo en la frontera.

—Ya veo. Nos hará falta dinero para el boleto.

—El ayudante me ha informado que el boleto está pagado hasta ahí.

—Muy bien, Carlos. Ahora se me ha abierto el apetito.

Lola regresó y le contamos la buena nueva. Sin novedad, proseguimos el viaje y, un poco más tarde de lo previsto, llegamos a Hermosillo. Carlos averiguó por un hotel, y muy cerca de la estación del autobús había uno de precio cómodo y buen aspecto. El recepcionista, al ser inquirido por el hospedaje, sin pedir documento alguno, extendió sus dos manos: en una sostenía la llave de una habitación, y en la otra, Carlos depositó el valor de esta y algo más a modo de propina.

Hubiera preguntado por dos habitaciones, pero Carlos me hizo una señal y comprendí entonces de qué se trataba. Pronto el cansancio se nos alivió después de ducharnos, pero el problema estaba en nuestra ropa: la habíamos vestido ya por algunos días y apestaba. Lola llamó al recepcionista y pidió que viniera la lavandera, quien no tardó mucho en llegar. Envueltos tan solo en las sábanas, decidimos esperar hasta el día siguiente, cuando nos entregarían la ropa limpia. Decidí dormir en un viejo sofá, mientras Carlos y Lola lo hacían en la única cama de la habitación.

Se apagaron las luces y mis amigos tuvieron lo que fue su primera luna de miel. El cansancio del viaje retornó y no escuché nada más hasta el siguiente día, cuando alguien tocó la puerta. Era la lavandera, con nuestra ropa limpia, seca y planchada. Tomé algunas monedas que Carlos había dejado sobre la mesilla y la despedí. Mis amigos dormían todavía, y las sábanas y cobijas yacían en el piso. Eran casi las seis de la mañana, y tuve que despertarlos, pues debíamos reemprender el viaje.

—Desayunaremos en la estación del autobús —manifestó Carlos—, y las dos estuvimos de acuerdo con la propuesta. Entonces alguien tocó la puerta y la abrí cuidadosamente. Un hombre blanco y rubio saludó y me entregó un paquete en el que figuraban un nombre y una dirección. Lo leí detenidamente: decía simplemente *Lola, calle Cuarta, hotel Las Delicias, habitación 5C*.

Llamé a Lola, y no hubo duda alguna de que ella lo esperaba. Tomó el paquete, firmó un recibo y despidió al rubio. Luego, sin decir nada, lo guardó en un bolso que Tomás le había entregado antes de partir y sonrió a Carlos. Decidí entonces preguntarle:

—No entiendo... ¿de qué se trata, Lola?

—Calma, que no pasa nada —me respondió.

—¿Pero cómo?, ¿tú esperabas ese paquete?

—Sí, muchacha. El buen Tomás me envía algunas cosas personales.

—Pero, ¿cómo sabía él dónde nos hospedaríamos?

—Con anterioridad, Carlos habló con él. Basta, es hora de marcharnos.

Un tanto molesta, terminó la conversación.

Carlos la abrazó y ella cargó con el bolso. No quedé satisfecha, y una gran duda se anidó en mi ser. Después de tomar algo en la estación, abordamos el autobús. Miré por todos

lados y, en uno de los corredores, pude ver al hombre blanco y rubio que había entregado el paquete por la mañana. No se lo conté a ellos, pero una sensación de miedo empezó a rondarme.

A eso del mediodía, nos detuvimos en un pueblo para almorzar. Después de saborear unos tacos con bastante chili mexicano, mis compañeros se fueron al baño mientras yo disfrutaba un refresco de piña. Antes, Carlos me pidió que le guardara una pequeña envoltura que, aparentemente, contenía galletas, pero Lola cargó con su bolso.

El autobús tocó la bocina avisando a todos los pasajeros que debíamos retornar a nuestros asientos. Como mis amigos no regresaban, asumí que ya estaban a bordo. Un tanto enojada, subí al autobús, me senté y, tomando mi chompa, me cubrí el rostro para no verlos llegar.

—¿Todos a bordo? —preguntó el ayudante. Nadie respondió lo contrario, así que el bus arrancó. Pasados unos minutos, sentí que el ayudante me tocaba el hombro diciendo: —Señorita, aquí hay una nota para usted.

Me descubrí el rostro, miré hacia el asiento de mis compañeros —que estaba vacío— y me sorprendí. Desdoblé una servilleta blanca que el ayudante me entregaba en ese momento. En ella estaba escrito: “Gracias por tu amistad. Nos veremos al otro lado algún día”. En verdad, les había molestado mi actitud de la mañana, pensé, y me sentí sola. Las lágrimas rodaron por mis mejillas, y un pasajero que viajaba a mi lado me extendió un pañuelo diciendo:

—¿Puedo ayudarla en algo?

—No, muchas gracias —le respondí.

—¿Parece que sus amigos la abandonaron?

—Bueno, son cosas de la vida.

—Mi nombre es Pedro. ¿Cuál es el tuyo?

—Mira, yo no... —quise evadir la conversación, pero él insistió.

—No tengas cuidado, muchacha; soy de confiar. Tendremos un largo viaje y, por lo que veo, necesitarás ayuda. ¿Cómo te llamas?



VTT
capítulo
VII

Era un hombre de hablar mucho, pero no antipático. No logró obtener más información de mi parte, así que comenzó a contarme su vida... o, mejor dicho, pedazos de ella. Era comerciante de telas y tejidos, oficio que había aprendido de su padre y que, a sus cincuenta y siete años, aún le fascinaba. Le gustaba viajar en autobús porque así tenía la oportunidad de conocer gente nueva y admirar los paisajes. De su segundo matrimonio tenía dos hijos gemelos que habían optado por ir a la universidad para estudiar leyes. —Eso es lo mismo que ser ladrones con título —dijo con un dejo de tristeza.

Su esposa cuidaba del depósito de telas mientras él iba de pueblo en pueblo. Me contó que en su ciudad solía ver muchos migrantes intentando cruzar la frontera, y que ese era uno de los mejores negocios, mediante el cual su cuñado se había hecho millonario. Una luz de esperanza se encendió

en mí al escuchar aquello, pues tal vez podría conseguir ayuda. Pero la realidad era otra: no tenía un centavo partido por la mitad.

Repentinamente toqué la envoltura que Carlos me había pedido guardar y pensé para mis adentros: *¡Bah! Galletas más luego me servirán.* Don Pedro Arriaga, el comerciante, continuó con sus relatos: pasaba de la economía a la política, de los amores de juventud a las ventas de fin de año, de su sueño de descansar algún día en una finca de verdes praderas y vacas lecheras, y de cuánto amaba a su esposa.

—Llegamos, Diana. Esta es mi ciudad. Bienvenida.

—Gracias, don Pedro —respondí, y seguí sentada.

—Vamos, muchacha, me has caído bien. Si quieres, puedes quedarte en mi casa hasta que logres cruzar la frontera.

—Gracias, don Pedro, pero...

—¡Caramba, muchacha! No tienes dónde ir y tampoco traes dinero; no tienes opción.

—Gracias, don Pedro.

Ahora quise creer en lo del ángel de la guarda que mi abuela solía mencionar. Un auto esperaba a la salida de la estación, y quien venía conduciendo era la esposa de don Pedro. Él me la presentó, y ella, muy amablemente, me invitó a subir al vehículo. Durante el trayecto hacia su casa, el comerciante le contó a su esposa mi situación, hasta que finalmente ella me ofreció trabajo en la bodega de telas.

—No ganarás como al otro lado, pero juntarás algo hasta que puedas cruzar la frontera —me dijo.

Acepté de inmediato y agradecí la oferta. Un rayo de esperanza iluminó entonces mi apenada existencia.

La vida en la casa de los Arriaga fue bastante cómoda. Durante las primeras semanas no salí para nada, excepto del trayecto entre la casa y la bodega de telas. Regularmente había clientes en el lugar, pero nunca me preguntaron siquiera cómo me llamaba; así comprendí que, en aquella ciudad, había más extraños que propios y que cada quien se preocupaba solo de su vida.

A los gemelos Arriaga, Pedro Luis y Pedro Alfonso, era muy difícil distinguirlos. Poco a poco fui conociéndolos, y se portaron de lo mejor conmigo. Coursaban ya el cuarto año de leyes y eran muy dedicados en sus estudios. Su madre, doña Matilde, los adoraba —tanto, que hasta cierto punto los malcriaba, decía su padre.

Eran joviales y simpáticos, amigos de farrear o pasear los fines de semana, aunque no les gustaban las bebidas alcohólicas ni el tabaco. A pesar de todo lo bien que me trataban, no podía apartar de mi mente a mi familia, de quienes no sabía nada. Habían pasado meses desde mi partida, hasta que finalmente decidí llamarlos. Fue fatal: mi madre estaba muy enferma, y mis hermanos pensaban que ya me había muerto. La deuda del viaje se había multiplicado cinco veces, y nuestra casa ya no era más nuestro hogar.

Era inminente la necesidad de conseguir dinero, pero lo poco que tenía estaba destinado a cruzar la frontera. Me

cuestioné, y comprendí que la única culpable de todo era yo; debía encontrar una solución tan pronto como fuera posible. Así lo contaría Diana al revivir su vida pasada, con tristeza y desconsuelo.

Diana no tenía alternativa: si se quedaba en Ciudad Juárez, no reuniría el dinero suficiente para pagar la deuda. Debía cruzar la frontera. Cuando don Pedro regresó de su viaje de negocios, ella se lo comunicó. Doña Matilde se había encariñado tanto con la muchacha, que le resultó difícil aceptar su partida; pero aún más lo fue para los gemelos.

Una noche, cuando todos descansaban, Pedro Luis tocó la puerta de la habitación de Diana. Desde hacía semanas algo lo inquietaba y no se atrevía a confesarlo. Según él, amaba a Diana. Ella, sin embargo, comprendió que solo se trataba de una pasión pasajera y lo despidió cariñosamente, a pesar de su insistencia.

Alguien observaba aquella escena con atención. Cuando Pedro Luis hubo abandonado la habitación, su hermano gemelo, Pedro Alfonso, ingresó en ella. Como si lo hubiesen planeado, en términos casi idénticos declaró su amor a la joven, y del mismo modo fue rechazado con ternura. Es probable que los dos conversaran después sobre su fracasada confesión, pues, para disculparse y despedirse, la invitaron a pasar el fin de semana en un rancho que era de su propiedad. Usualmente invitaban a varios amigos, pero esta vez fueron solo los tres, algo que Diana no imaginó sospechoso.

Pedro Luis conducía la camioneta, mientras su hermano hacía bromas que los hacían reír a todos. Al llegar al rancho,

se dispusieron a preparar algo de comer. Los muchachos no apartaban la mirada de la joven, y ella intentaba ignorarlos, aunque no podía negar que ambos eran atractivos.

Después de comer salieron a caminar. Luis le arrancaba flores y se las ofrecía; Alfonso atrapaba mariposas y se las regalaba. Luis le decía que la amaba, y Alfonso le rogaba que no se fuera. Diana tomaba todo como bromas inocentes y solo reía y reía. Pasaron algunos minutos y llegaron a un pequeño riachuelo. Ella quiso beber agua, pero Alfonso le ofreció el contenido de su botella. Poco después, Diana comenzó a sentirse sofocada y mareada. Ellos le sugirieron bañarse en el riachuelo para refrescarse.

A media tarde, dos muchachos y una joven, completamente desnudos, reían y saltaban en la orilla del agua. Un vecino de los Arriaga los encontró y los trasladó de inmediato al hospital: se habían intoxicado.

Pedro Alfonso estaba en coma; su hermano y Diana, fuera de peligro. Don Pedro, furioso, increpaba a su esposa, que no hacía más que llorar.

—¿Te das cuenta? —gritaba el padre—. ¡Por mimarlos tanto, han caído en el mundo de las drogas!

¡Pobre muchacha! No sabía por qué estaba en una cama de hospital. Lo último que recordaba era que se sentía cansada de caminar, que se había sentado a la orilla del riachuelo y que Pedro Luis le había ofrecido algo de su refresco. Seguía mareada, con náuseas y vómito. Le dolían los senos, el vientre bajo y las posaderas. Nunca más volvió a ver a los geme-

los, porque el mismo don Pedro se encargó de llevarla a la frontera cuando le dieron de alta en el hospital.

—Todo está listo —le dijo—. Aquí están tus cosas... y buena suerte.

Diana lloró y abrazó con fuerza al comerciante. Él le entregó algo de dinero en moneda americana y una carta que debía leer únicamente cuando cruzara la frontera. Un autobús la llevó hasta un pueblo vecino, donde alguien la esperaba.

—Te envía don Pedro —le dijo una voz femenina—. Pasa, mujer, pasa; aquí hay lugar para una ecuatoriana.

Era una mujer que conducía una camioneta azul. Después de un par de horas de viaje, la invitó a pasar a una casa de campo. Dentro, un grupo de personas —hombres y mujeres— aguardaba en silencio. Todos iban tras el sueño americano. Aquella mujer, que nunca reveló su nombre, despojó a Diana de lo poco que llevaba, argumentando que habría de caminar mucho y no debía cargar con peso. A medianoche, todos abandonaron la casa de campo, y con ellos, Diana dejaba atrás el recuerdo de los Arriaga.

En realidad, caminaron mucho. Cruzaron quebradas, se hirieron con los matorrales y las espinas de las tunas se clavaban en sus manos. Diana había guardado el dinero y la carta en su sostén. Cruzaron un doble alambrado, y más de uno se quejaba de haberse lastimado, cuando la luz del nuevo día los sorprendió en medio de un arenal.



V T T T
capítulo
V L L L

Un hombre de acento mexicano, con voz grave, se dirigió al grupo:

—Tenemos que apurarnos y llegar antes de las ocho, o será demasiado tarde. ¡Caminen de prisa!

La mayoría estaba exhausta; seis horas de caminar y caminar agotan a cualquiera. Habían avanzado un trecho más cuando se escuchó el ruido de una potente máquina. Era un helicóptero de la policía de migración estadounidense. Ya no había grupo: cada uno huyó despavorido en distintas direcciones. Algunas mujeres quedaron tendidas en la arena. Pronto aparecieron varios jeeps, y una bocina advirtió que se detuvieran. Luego se escucharon disparos... y más disparos.

Más de uno habrá fertilizado con su sangre la estéril arena americana. Diana no pudo más: cayó abatida por el cansancio. Daría lo que fuera por una gota de agua, pero sus ojos no vieron más; se había desmayado.

—¡Regístrenlos! —ordenó el oficial.

Allí, en fila, estaban hombres y mujeres del grupo de migrantes, aunque en número menor. A cada uno le arrebataron lo que llevaba, y a Diana le devolvieron únicamente la carta. ¿Qué importaban ahora los nombres o la procedencia, si de igual manera iban a ser encarcelados? En una maloliente celda hubo de compartir espacio con otras personas. Fue allí donde, finalmente, se atrevió a leer la carta.

Querida Diana: No tuve la suficiente fuerza para pedirte perdón por el daño que te hicimos mi hermano y yo. Hubiera querido que nuestra relación fuera para largo porque en verdad te amamos. Ha sido un acto de cobardía que lo hemos culpado a las drogas. Estoy seguro de que no nos podrás perdonar y no te culpo por eso. Sabes mi hermano está muy grave y tal vez no pueda pedirte perdón, pero asumo la responsabilidad del hecho por entero. Yo sé que en nada aliviará tu dolor y angustia, pero mi padre ha enviado en tu nombre algo de dinero a tu familia. Creo que será lo suficiente como para soportar algunos meses. Nuevamente, aspiro que algún día nos recuerdes sin rencor.

Pedro Luis

Terminada la lectura de la carta, Diana, con asco y furia, la hizo pedazos y los arrojó al suelo. Un oficial se acercó a los barrotes y dijo:

—Hasta el martes deben cancelar quinientos dólares de multa para poder continuar su viaje, o permanecerán aquí por meses, hasta ser deportados.

—¡Desgraciados! —gritó un detenido—. ¡Si lo poco que traíamos nos lo robaron ustedes mismos!

Al escuchar eso, el oficial ordenó abrir la puerta y sacar al hombre. A pocos pasos se oyeron gritos... Luego lo devolvieron a la celda, sangrante y sin movimiento. Así asesinaron a José Cajamarca, padre de cuatro hijos que esperaban el pan de cada día en la lejana Bolivia. Una sola vez al día les servían algo parecido a sopa y una masa de harina frita. Afortunadamente, el agua llenaba sus estómagos vacíos. Durante el día la celda era un horno; por la noche, una refrigeradora.

Algunos detenidos salieron y nunca más regresaron. Tal vez sus familiares habían logrado enviar los quinientos dólares... o quizá su destino había sido otro. Dos semanas y media pasaron hasta que dos oficiales llegaron a la celda. Uno de ellos gritó: —¡Llegó el día de la limpieza! ¡Todos a sacarse los piojos!

Separaron al grupo en dos: hombres y mujeres, llevándolos en direcciones distintas. Bajo un chorro de agua impulsado por una bomba a motor, los cuerpos desnudos de los migrantes pasaban uno tras otro. Cuando todo terminó, a Margarita García —una colombiana— y a Diana las apartaron del grupo y las llevaron a una habitación. Allí las esperaba el jefe de la policía de migración, quien les manifestó que podrían irse en paz... siempre y cuando satisficieran su apetito sexual. Les extendió ropa limpia, americana, y un cepillo para el cabello.

—Prepárense —dijo con tono autoritario—. Regresaré dentro de poco.

Diana buscó desesperada por donde escapar, y la colombiana la detuvo diciendo:

—Ni lo pienses. Si quieres continuar con vida, debes hacer lo que ellos quieran.

—¡No, no, no! Otra vez no... —y golpeó sus puños contra la pared.

—Mujer, ese era el riesgo de caer en prisión. Ya nos lo dijeron antes de cruzar.

Diana enmudeció. Se vistió con la ropa limpia y se sentó en un rincón, como buscando protegerse de lo que se le venía encima. Escenas dantescas acudían a su mente al recordar hechos pasados: su cuerpo mancillado, su pudor vilipendiado y su espíritu herido.

¡Desgraciados los hombres como ese!, pensó —los que abusan del poder conferido para denigrar a la persona humana deberían ser ajusticiados y pagar sus culpas por el resto de sus vidas; quizá, pensando en el dolor que causan, sería necesario castrarlos para que sientan en carne propia la violación de los derechos humanos—.

No cabía duda: Diana estaba en una encrucijada y el mundo se le venía encima, mientras su compañera se resignaba al dolor con la esperanza de alcanzar la libertad, perdida ante los dueños de la frontera. Margarita García, sentada en una silla, respiró profundamente. Dio un salto, se puso de pie, se acercó a un viejo escritorio, hurgó en sus cajones y apretó con fuerza entre sus manos un esfero metálico.

Habrían pasado unos cuarenta minutos cuando el jefe policial volvió. Con una sonrisa malévola preguntó:

—Entiendo que lo han pensado bien; si su comportamiento es el correcto, hasta un regalo podría hacerles.

Las mujeres guardaron silencio. El policía se sacó la camisa y, acercándose a la colombiana, la empezó a manosear y a besar en el cuello. De pronto gritó de dolor: la mujer le había clavado el esfero en los genitales. El violador, con la mano izquierda sosteniendo sus órganos sangrantes, apuntaba con un arma de fuego con la otra mano.

Como un rayo, Diana tomó un ladrillo y se lo estampó en la cabeza; el agresor se desplomó en el piso. Hubo segundos de indecisión. Cuando Diana iba a abrir la puerta, su compañera la detuvo.

—Espera; nos matarán. Empieza a reír: así pensarán que lo estamos complaciendo.

—Huyamos ahora —dijo Diana.

—No. Alguno de estos perros estará escuchando lo que sucede. Ríe ahora, haz un esfuerzo. Esperaremos unos minutos más.

Margarita reía con fuerza, mientras Diana intentaba hacerlo sin éxito. Buscaron en los bolsillos del policía, que aún no recobraba el sentido, y encontraron algunos dólares. Decidieron tranquilizarse y fingir una sonrisa de satisfacción. Luego abrieron la puerta y se dirigieron al pórtico, donde dos policías las molestaron con palabras obscenas.

Un oficial las esperaba en un vehículo todoterreno. A Margarita se le ocurrió decir:

—Díganle a su jefe que mañana regresamos por ustedes.

—¡Qué gente es nuestro jefe! —respondió uno de ellos riendo—. Le agradeceré en nombre de todos.

—Espera —lo detuvo Margarita—. No quiere que lo molesten ahora, está muy cansado.

—¡Ese semental se ha cansado! ¡Será que se está volviendo viejo! —corroboró otro policía, y todos rieron de buena gana.

Subieron al todoterreno y el chófer, mientras conducía, les hacía proposiciones indecentes que las obligaban a mantener una sonrisa forzada. En verdad era él quien había estado atento a lo que sucedía allí dentro, y preguntó:

—¿Qué le hicieron al jefe? Es la primera vez que lo oigo gritar.

—Algún día te pasará a ti —dijo Margarita.

—¿Será mañana? —preguntó—. Escuché que regresarían.

—Podría ser. Y si te comportas bien y nos llevas al pueblo más cercano... tu jefe ha sido muy generoso con nosotras y queremos comprar algunas cosas.

—¡Qué rara actitud la del jefe! ¿Generoso? ¡Uf, deben ser muy buenas ustedes!

—Ya lo verás mañana —corroboró Margarita.

—Si es así, las llevaré ahora mismo hasta Deming.

—Eso está bien —dijo Margarita—; y prepárate para tu regalo de mañana.

El ingenuo policía aceleró la marcha del vehículo y, en poco tiempo, las dejó en el pueblo. Margarita tomó unos dólares y se los entregó a Diana, diciendo:

—Aquí nos separamos. No es bueno que nos vean juntas; ya se habrán dado cuenta de lo sucedido y lo reportarán a la policía de este pueblo.

Diana se entristeció.

—No sé a dónde ir.

—Me han comentado que más adelante hay un pueblo llamado *Las Cruces*. Ve si alcanzas hasta allí.

—¿Y tú qué harás?

—Ya veré. Vete ya.

Diana caminó y caminó sin rumbo definido. Sentía que las miradas de la gente se posaban sobre ella, aunque en realidad nadie le prestaba atención. Muchos rostros mestizos cruzaron su vista, y eso le dio algo de confianza.

La tarde caía cuando un camión se detuvo cerca de ella.

—¿Dónde vas? —gritó alguien desde el interior.

—Aquí cerca —respondió, e intentó seguir caminando.

—Detente, muchacha. Así no llegarás a ninguna parte. Sube, te llevo.

—No, gracias. Ya casi llego.

—No deberías quedarte por aquí. Ellos te encontrarán.

Un sudor frío recorrió el cuerpo de la muchacha, dejándola inmóvil por un instante.

—¡A prisa, muchacha, sube ya!

Diana subió al camión y preguntó:

—¿Quién es usted?

—Me llamo Jesús, pero mis amigos me dicen Chucho. Tranquila, muchacha, estás temblando. No te haré daño.

—Detenga el camión, que me bajo.

—Espera. La policía los busca por lo que hicieron con el jefe de la policía de la frontera.

—¿Cómo sabe usted eso?

—Casualmente llegaba a entregar alimentos cuando ustedes salían del destacamento de la migra. Ahí me enteré de todo.

—Entonces... ¿el jefe de policía no murió?

—No, no. Pero la herida en los genitales es bastante grave.

—¡Oh, no! ¿Qué voy a hacer? Me matará cuando me encuentre.

—Bueno, puedo llevarte hasta antes del primer puesto de vigilancia. Hay un sendero que puedes recorrer hasta llegar a Las Cruces. Pero te aconsejo no quedarte en el pueblo, porque la policía ya debe haberse enterado.

—Gracias. Pero dígame, ¿por qué hace esto por mí, si ni siquiera me conoce?

—Carambas, buena pregunta. No es la primera vez que lo hago. Muy a menudo, cuando llevo alimentos a la policía, encuentro migrantes en el camino y los traslado justo hasta donde te dejaré a ti.

—Ya veo... pero eso no contesta mi pregunta. Por supuesto, si no quiere decir...

—Está bien. ¿No te has fijado que soy un mestizo como tú? Hace muchos años emigré desde la capital mexicana y ahora soy residente americano. Los latinos debemos ser fraternos, ¿no?

—Así es. De todas maneras, le agradezco lo que está haciendo por mí. ¿Falta mucho para llegar al sitio?

—Digamos que una hora y cuarto...

Chucho, el repartidor de alimentos, era un hombre jovial; nadie diría que ya contaba con cincuenta años. Su espíritu fraterno lo impulsaba a ayudar a los demás, especialmente a los migrantes latinos. Había sufrido en carne propia la desesperación de procurar el pan diario para sus hijos, algo que, en su país —como en tantos otros de América Latina— resultaba casi imposible. Por eso tuvo que abandonar su tierra, a su familia, a su gente y a sus amigos.

Aprendió a adaptarse a una nueva cultura, a servir a otros incluso realizando labores que, en la Edad Media, hubieran

sido propias de esclavos. Chucho soportó con estoicismo el desprecio, la segregación y la explotación, pues lo importante era ganar dinero para enviarlo a su familia. Ahora su hogar estaba con él, en ese país lleno de fantasías para muchos y de progreso para unos pocos. Hubiera querido decirle a Diana que nunca debió abandonar su tierra, pero no fue necesario: bastaba mirar su rostro para percibir la angustia, el dolor y el hambre.

Tampoco quiso asustarla contándole que el llamado “sueño americano” es casi inalcanzable para los latinos, salvo raras excepciones. La discriminación racial limita las oportunidades y convierte a los migrantes en siervos sin grilletes de acero. Ganar cada dólar es sudar una gota de sangre que, muchas veces, se transforma en charcos a causa de la violencia, las enfermedades, la contaminación de las fábricas, el estrés de vivir acosado por la policía de migración, las interminables jornadas laborales y los miserables salarios.

Hubiera sido demasiado cruel pedirle que despertara de ese sueño para enfrentar una pesadilla de angustia y sufrimiento. Por eso, prefirió conversar de otras cosas, ajenas a la dura realidad de un migrante.

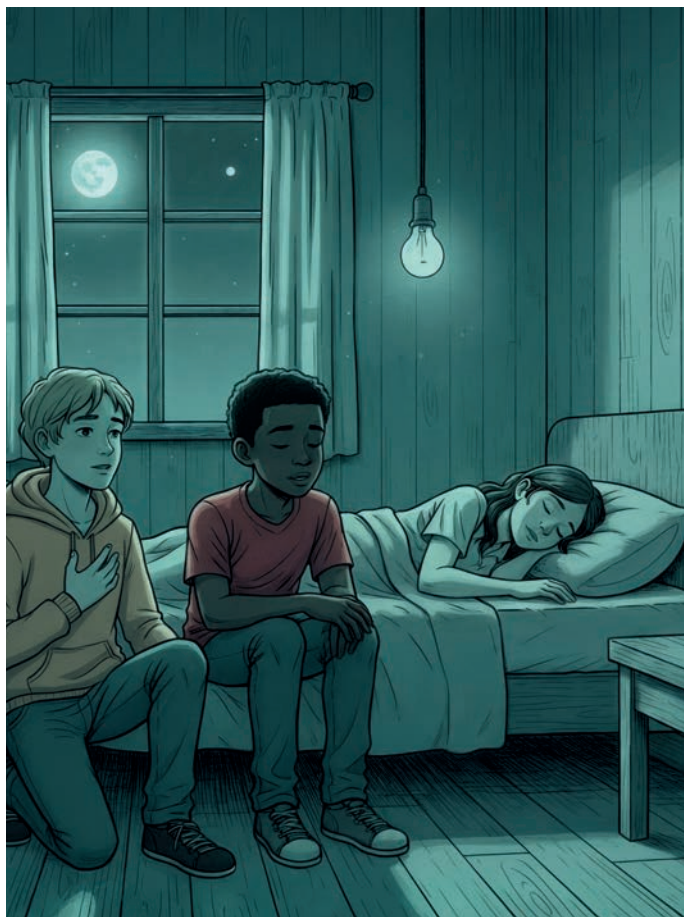
—Muy bien, hemos llegado, muchacha. ¿Ves ese sendero? Por él podrás caminar hasta llegar a *Las Cruces*. Te repito: no es buena idea entrar al poblado, la policía podría interrogarte.

—Gracias, don Chucho, por todo.

—Hey, muchacha... toma estas rodajas de pan y esta botella de agua; te harán falta.

Diana agradeció nuevamente el gesto de Chucho y avanzó por el sendero señalado. Mientras caminaba, disfrutaba de la compañía de las aves silbadoras, de una que otra ardilla y de vistosas mariposas que volaban de un lado a otro.

Se detuvo junto a un arroyuelo para lavar su rostro y descansar un momento. Luego reemprendió la marcha, aunque sus pies ya no querían dar un paso más. A lo lejos divisó el poblado y decidió acercarse en busca de alojamiento y comida, pues la noche caía rápidamente. Fue así como su cuerpo, agotado por el cansancio, la sed y el hambre, se desplomó. Allí la encontraron, por primera vez, los adolescentes Manuel y Fabricio.



TV
capítulo
1X

Diana terminó de contar su historia con un largo suspiro. Manuel y Fabricio la habían escuchado con gran atención que ni siquiera se dieron cuenta de que ya era medianoche. Norita, al notar la hora, preguntó a los chicos y les advirtió sobre lo peligroso que sería regresar tan tarde.

—Muchachos, será mejor que duerman aquí. Yo los despertaré temprano para que vuelvan a sus casas y luego al colegio. Llamaré por teléfono a sus madres.

—No, Norita, por favor —contestó Manuel. Mi madre supone que estoy durmiendo.

—Ah, y la mía no está en casa, y usted sabe que a mi padre le da lo mismo si estoy o no —corroboró Fabricio.

—Ya veo sinvergüenzas... Mañana hablaremos detenidamente.

—Bien, muchacha, bienvenida a mi casa. Puedes quedarte

el tiempo que quieras y ya mañana hablaremos de tu futuro. Ahora es tiempo de descansar. Fabricio, puedes ayudarme, mientras Manuel le indica a Diana la habitación del fondo, donde se hospedará. —Bueno, ustedes, par de golosos, ya conocen dónde pueden dormir. Buenas noches a todos.

Norita quería mucho a los dos chicos, pues los conocía desde niños, cuando aún ella y sus madres asistían a las reuniones dominicales de la iglesia. Igualmente, los muchachos la querían mucho que, a veces, la llamaban “mami Nora”.

La noche se ha confundido con el oscuro amanecer del nuevo día. Los adolescentes no podían conciliar el sueño: la historia escuchada les provocaba miedo, desesperación y una confusa mezcla de sentimientos que no sabían nombrar. Intercambian palabras en voz baja para que no los escuchen, y Manuel se detiene en los pasajes eróticos de la historia. Se imagina las escenas y se hace parte de estas. Cual gran actor, compara su miembro con el cañón de artillería, mientras Fabricio se deja contagiar de las alucinaciones de su compañero.

A semejanza de los cachorros, se manosean el uno al otro, despertando al león dormido que con ímpetu traslada su fuerza hasta los genitales. Esos juegos no son buenos, decía su maestra de biología, pero en ese momento al diablo con esa alegoría. Los dos muchachos son volcanes en erupción potencial, mientras sus mentes vuelan por la vaguedad de lo escénico morboso. Solo se habrán calmado minutos después de haber desfogado su naturaleza de hombres.

—¿Y ahora qué hacemos? —preguntó Fabricio.

—Cuando amanezca, ya se habrá secado.

—Pero las sábanas quedarán manchadas.

—En buena hora que Norita es ciega.

—¿Y el olor?

—¡Verdad! Lavémoslas ahora.

—Sí, hagámoslo ahora mismo.

—¡Arriba, dormilones! ¡Son casi las diez de la mañana, deben volver a sus casas! Fabricio, Manuel, despierten; el desayuno está listo. Mientras Norita gritaba, los dos muchachos se estiraban como queriendo alejar el sueño y la pereza. En unos cuantos minutos estaban sentados en el comedor. Qué rico olían los jamones fritos y los huevos revueltos, y qué decir del chocolate humeante que invitaba a deleitarse una y otra vez.

—¿Y Diana? —preguntó Manuel.

—La pobre está muy débil. Debe descansar mucho para recuperarse.

—Le llevaré el desayuno a su habitación —dijo Manuel.

—No, no. Yo lo haré —exclamó Fabricio, levantándose de un sopetón.

—Tranquilos, muchachos —intervino la señora ciega—. Ella ya desayunó; ustedes son los dormilones.

—¡Ah, y a propósito!, Creo que ya están bastante grandecitos como para mojar la cama, muy temprano mojé mi rostro con sus sábanas húmedas.

Los muchachos se sonrojan, mirándose el uno al otro, mientras Norita se da la vuelta hacia la cocina y sonríe. Ella es madre, y sabe de todas esas cosas, pero sabe también que se les debe educar a tiempo.

Luego de servirse el desayuno, los jóvenes corren hasta la habitación de Diana, abren suavemente la puerta, y se la quedan mirando largamente. Como no quisieran arrancar un beso de sus labios. Se muerden los suyos, mientras sus corazones palpitan fuertemente, sienten secarse sus gargantas, y nuevamente fluir su sangre hasta el levante de la pasión. Son como dos estatuas erguidas frente a una Afrodita que duerme plácidamente al abrigo de su esperanza. Solo la voz chillona de doña Nora, les saca de su letargo, cierran de prisa la puerta y corren.

—Deben volver a sus casas antes de que la policía venga por ustedes. Ya sus padres deben haber dado parte de su desaparición.

—Vamos de inmediato, Norita.

—¿Podemos volver más tarde a ver a Diana? —dijo Fabricio.

—Vuelvan cuando quieran, pero no levanten sospechas. Recuerden que ella es indocumentada. Cuidado con decir palabra alguna de lo sucedido. Vayan, muchachos, vayan.

Nora ha llegado a encariñarse con Diana, y esta hace todo lo posible para no defraudar a su protectora. Han pasado algunos meses, y mientras la migrante se ha recuperado de su mala salud, los jóvenes Fabricio y Manuel, guardan celosamente su secreto. Ni un solo día han dejado de visitar

la casa de Nora, y eso merced a que sus padres, poco o nada se preocupan de ellos. Es el fiel reflejo de la vida americana, donde el cumplimiento con el trabajo y la oficina son más importantes que la vida de los hijos.

Si bien es cierto Diana está protegida por Nora, no ha podido hasta ahora enviar dinero alguno a su familia. Hace poco se enteró de la muerte de su abuela, y que para el funeral su madre había vendido la única vaca que le quedaba. Uno de sus hermanos había salido con destino a España donde las condiciones supuestamente eran mejores que en América. El otro hermano estaba pensando en armar viaje hacia los Estados Unidos, pero no tenía dinero, así que, en un arranque de locura causado por una borrachera, intentó suicidarse amarrándose una cuerda al cuello; y que ventajosamente la cuerda no resistió el peso del cuerpo.

Lamentablemente, a causa de su viaje, habían hipotecado los bienes de su familia, y ahora ya no tenían más que la casa de su abuela paterna sobre la cual como aves de rapiña litigaban sus tíos. Todo este panorama la asustaba, y era tiempo de buscar un trabajo mediante el cual pudiera ahorrar dólares para enviar a su familia. Y de esto decidió contar a su protectora.

—Entiendo, hija, tu necesidad, pero me da miedo que te apresen.

—¿Tal vez si usted me diera una recomendación con algún conocido suyo?

—Es difícil, hija. Las leyes son muy fuertes, y yo podría perder mi pensión. Pero, por unos días podrías pasar con estos amigos, aquí te doy la dirección.

—Esto es en Chicago, ¿verdad?

—Así es. Hay muchos latinos por allá también. Te ayudaré con lo del viaje.

Nora arregló lo concerniente al viaje de Diana, percatándose de no dejar cabos sueltos, para evitar que la policía de migración la capture. Al enterarse de la partida de Diana, los muchachos lloraron como niños. En verdad ella había despertado en ellos sentimientos nunca vividos. Le rogaron se quedara un tiempo más, pues llegarían las vacaciones de verano, y ellos podrían acompañarla. Diana decidió marcharse sin despedirse de los chicos, porque, de alguna manera, también los quería. Decidió reemprender su cruzada hacia lo más profundo del sueño americano.



capítulo

Dentro de una espesa nube terrestre escapaban ruidos estridentes, y de cuando en cuando algunos cadenciosos mezclados con el rugir de los motores. Un mar inmenso rodeaba la gran ciudad, y solo supo distinguir que era un lago, cuando una tarde decidió probar su dulce agua. Asoció el nombre con la doña Michi, la tendera de Chordeleg, e inclusive en su primera carta dirigida a su madre, le contaba cuan grande era el lago de doña Michi. Ese mismo lago, recibiría muchas veces sus lágrimas desesperadas, cuando a solas le contaba su tristeza y soledad. Otras veces alzaba la vista al cielo como queriendo arrancar de las nubes alguna voz que le dijera, ya calma de sufrir, es hora de vivir. Las Sears Towers, las más altas de Chicago, le parecían una escapatoria hacia el otro mundo. Anhelaba algún día subir por esas escaleras de la modernidad, y tal vez desde ahí mirar el mundo que deseaba.

Los amigos de Nora le ayudaron a conseguir un trabajo en una factoría. Diana hacía la limpieza de las oficinas y otras áreas más. Sus manos estaban llenas de callos, unos sangrantes y otros crecientes. Su espalda sentía quebrarse a medida que la escoba, su fiel compañera, recorría de lado a lado. Con unas mexicanas, (ocho), habían alquilado una habitación, por lo que se hacían turnos para dormir en la única cama. Lo que ganaba no le alcanzaba para mejorar la situación, y más aún que tenía que ahorrar para enviar a su familia. Hubiera podido tener algo más de dinero, como tres de sus compañeras, que se prostituían con cualesquiera les pidiera, pero ella había pasado esa etapa de prostituta obligada, que muchas cicatrices en su vida le habían dejado. En su mente solo había el signo del dólar, pues cuanto antes lograra reunir una cantidad suficiente, más pronto se regresaba a su tierra que le vio nacer.

Dos años habían transcurrido desde su llegada a Chicago. Una vida de rutina, de ir al trabajo y volver a dormir. Había cambiado de patronos al menos unas tres veces. Ahora, se había conseguido un trabajo nocturno de cuidadora de un anciano inválido, y unas horas en el día trabajaba en una panadería. Estaba un poco más estable, y al menos había solucionado en parte la grave situación económica de su familia. Parecía que se iba adaptando a su nueva vida, hasta que un día, mientras visitaba un centro comercial, su suerte cambiaría.

—¡Diana! ¿Cómo estás? —un joven bien parecido la saludó.

¡Manuel! ¿Eres tú de verdad?

Los dos amigos se abrazaron fuertemente. Lágrimas rodaron por las mejillas de la muchacha. Se miraron nuevamente, con profundidad, y en otro abrazo dejaron fluir sus sentimientos de amistad.

—¡Qué sorpresa muchachón! Cómo has crecido. Dime, ¿qué haces en Chicago?

—Vine a estudiar en la universidad.

—¿Hace cuánto llegaste?

—Hace un par de días nada más. Pero dime, ¿cómo estás? ¿Qué has hecho de tu vida? ¿Por qué no te despediste...?

Se han sentado a tomar un helado y, como si nadie más estuviera a su alrededor, conversaron amablemente. Manuel le contó que se entristecieron mucho cuando ella partió y que, durante un tiempo, escribían cartas cada semana a la dirección que Norita les había dado. Nunca entendieron por qué jamás obtuvieron respuesta. Fabricio y él habían terminado el bachillerato hacía apenas unas semanas y no dudaron en dejar su ciudad en busca de nuevas aventuras.

—¿Y dónde está Fabricio?

—Ha ido para Utah, pero pronto estará en Chicago.

—¿Y que fue hacer por allá?

—Bueno tiene parientes en ese Estado. Pasará una semana y luego vendrá a la universidad.

—¿Por qué escogiste venir a Chicago?

Manuel enmudece, siente que sus labios no pueden decir nada en este momento. Hay que dar tiempo al tiempo, y solamente en el propicio momento las palabras pueden surtir el efecto deseado. El joven lleva sus manos a la cabeza, arregla su mechón de pelos caídos, y respira profundo. Mira en todas direcciones, y dice:

—¿Dónde vives?

—En la quinta. Y... ¿por qué no respondiste a mi pregunta?

—Ah, perdón me distraje... Oye, ¿te gustaría comer conmigo?

—Manuel, ¿te pasa algo?

—No, no. Solo que cuando mi estómago se vacía, me distraigo. Vamos, te invito a comer algo. ¿Pizza tal vez?

—No, prefiero algo liviano. Es más, se me hace tarde para el trabajo. Mejor otro día, ahora tengo que marcharme.

—Espera Diana, ¿cuándo nos volvemos a ver?

—Bueno, llámame. Aquí está mi número telefónico. Ah, pero no llames en la noche, que nunca estoy en casa.

—Diana, ¿podría verte mañana y almorzamos juntos?

—Está bien Manuel. Nos encontramos aquí.

—De acuerdo. Hasta mañana.

Sus mejillas se juntaron, y esa iba ser la rutina de toda una semana, al encontrarse y al despedirse. La señora dueña del restaurante de comida rápida, ya los había identificado.

—Ahí van los enamorados —le decía a la cajera. Se vería más bonita la chica si sonriera más a menudo. Diana y Manuel tenían largas charlas. Nadie sabía de qué conversaban, pero ambos se escuchaban con mucha atención. Él siempre tenía algún detalle para ella: una rosa, un chocolate blanco, una fresa o, en alguna ocasión, un pequeño peluche. Quien los veía, envidiaba su complicidad, y más de una mirada se detenía sobre ellos.

—Diana, ¿cuál es tu día libre?

—Todos los viernes... es decir, mi noche libre. ¿Por qué?

—Bueno, quiero invitarte a la discoteca.

—Suena genial, pero soy una mala bailarina.

—Pues ya somos dos. Entonces eso es un sí.

—¿Por qué no? Hace mucho tiempo que no he ido a una disco. Espera un momento... no tengo papeles; me temo que no podré ir.

—No hay problema, iremos a la disco de la ciudadela universitaria. Ahí no piden documentos. Es más, yo soy americano, ¿o no?

—Si es así, desde hoy empezaré a prepararme.

Llegado el viernes, Manuel la recogió en su departamento. Sus compañeras envidiaron aquel momento y no desprendían la mirada del joven. Suspiros escapaban de sus bocas. Las voces se confundían entre los sonidos musicales. Pidieron una mesa, e iniciaron su acostumbrada tertulia. De vez en vez, salían a la pista de baile, lo cual disfrutaban de veras bien.

—¿Cómo te sientes Diana?

—Bien. ¿Por qué?

—Bueno es tan solamente para estar seguro de que no hayas caído en el aburrimiento.

—No, para nada, lo estoy disfrutando.

—Diana, ¿te has enamorado alguna vez?

—¿Por qué lo preguntas?

—Bueno simple curiosidad.

—Sí, allá en mi tierra, hubo alguien a quien amé con delirio.

—¿Y qué pasó?

—Lo abandoné para venir en búsqueda del sueño americano.

—¿Has sabido algo de él?

—Sé que se casó hace poco, y que luego se fue para España.

—¿Le amas aún?

—No sabría decirte. El dolor ha sido más fuerte que el amor, y ya no sé qué pensar...

La noche discurre entre risas, baile y tragos. Aquella muchacha que viste de azul no ha dejado de reír y casi ya no puede ponerse en pie, dice el cantinero. Manuel ha optado por llevarla a pasear cerca del lago Michigan; la brisa le ayudará a superar la borrachera. La abraza delicadamente, mientras ella apoya su cabeza en su hombro. Caminan despacio, él dice algo al oído y una amplia sonrisa se dibuja en el rostro de ella.

Finalmente, llegan al departamento estudiantil de Manuel.

—Bueno, aquí estamos. Esta es mi mansión de ocho metros cuadrados. ¿Qué te parece?

—Está bien, al menos la tienes para ti solo.

—Hasta el lunes, cuando Fabricio llegue. Creo que un café nos hará bien a los dos. ¿Quieres?

—¿Está bien? Ve por ellos, y a mí uno bien cargado.

Salió hacia la máquina ubicada en el pasillo del dormitorio estudiantil. Pocos estudiantes que iban y venían, pues en viernes, todos aprovechan para salir y, a veces, ni regresan sino hasta el sábado temprano. De regreso a la habitación, Manuel se encuentra con un compañero, quien le sonríe y le desea buena suerte al tiempo mismo que introduce en el bolsillo de su camisa un pequeño sobre.

—¿Qué tal Diana? Aquí traigo...

No pudo continuar, la muchacha yacía desnuda en su cama. Cuán bellos se veían sus pechos, sus contornos. La escena primera, cuando aquella vez la vio desnuda se repetía. Manuel dejó sobre el escritorio los vasos de café, y enmudeció. No era un moralista ni un santo, pues muchas veces con su compañero del alma, Fabricio, habían visitado burdeles y se habían acostado con golfas. No le asustaba el sexo, sino más bien, sentía algo más por dentro. Su sangre fluía a borbotones y quería explotar por su miembro viril, mientras su corazón latía a toda prisa. Ella se dio la vuelta, y le sonrió:

—Anda, ven para acá, sé que me deseas, y lo sé desde hace mucho tiempo. Ya eres adulto, y tú también me gustas. Quiero agradecerte por ser mi salvador.

—Diana, yo...

—No te hagas, ¿me trajiste para esto no?

—No, mis intenciones fueron buenas...

—Fueron has dicho, pero ahora ya no lo son. Ven pronto que me voy a resfriar.

—Diana, tú y yo estamos ebrios. Mejor te llevo a tu casa.

—No, no. No me iré hasta que no hayamos tenido sexo, juntos. No soy una santa, tú lo sabes.

—Bueno yo tampoco, pero no debería...

—Carajo, me desprecias. ¿Acaso no eres hombre?

—No me insultes, pero yo no te deseo solo para ...

No pudo decir más porque Diana de un salto, le abrazó y le besó profundamente, como solo dos amantes pueden hacerlo. Sus cuerpos se entrelazaron en la pasión nocturnal, mientras sus manos recorrían de norte a sur en la geografía humana. No más palabras, solo respiros profundos, ansiedad y pasión. Sudor femenino confundándose con el masculino, cuerpos desnudos rodando por la alfombra y la cama. Sonidos de bisagras que alertaban a los pocos estudiantes del mismo pasillo, pero que ya acostumbrados estaban a escuchar el crujir de las camas los viernes por la noche. Algún bromista había colgado un interior en la chapa de la puerta

de la habitación de Manuel, en advertencia para que nadie los interrumpiera en su faena amorosa. Los compañeros de la habitación contigua no despegaban sus oídos de la pared, mientras sus manos tocaban lo intocable, y sacudían con animalidad desesperada. El licor bebido los delataba a pesar de las horas transcurridas, y los dos desnudos todavía en la cama, vieron los primeros rayos del sol sabatino.

—¡No te vayas!

—Tengo que trabajar en la panadería, mi turno inicia a las siete.

—¿Te quedas conmigo?

—Me gustaría, pero debo trabajar. Yo no tengo quién me mantenga.

—Diana, quédate conmigo... ¡Para siempre!

—Estás loco. Lo de esta noche fue casual, yo lo necesitaba, y tú también.

—¡Te estoy pidiendo en serio!

—Pero si yo te llevo cinco años por delante. Tú eres todavía un bebé.

—No me ofendas. ¿Acaso no te he satisfecho?

—Sí, pero, entre tú y yo no puede haber más que...

—Espera Diana, yo te amo. Te amé desde que te conocí, y por ti estoy en Chicago.

—No sigas, eso no es verdad. Tú has dicho que viniste a estudiar.

—El estudio es un pretexto. Yo he venido a buscarte, y ves... la diosa del amor nos puso frente a frente en el centro comercial.

—Calla, Manuel. No me confundas más. Debo irme.

—Piénsalo, Diana. Estoy hablando en serio, con el corazón en la mano.

—Debo irme, Manuel. Debo irme.

—Diana, te amo. ¿Cómo quieres que te demuestre que digo la verdad?

—Basta, Manuel. Será mejor será que te arropes, o vas a resfriarte. Nos vemos.

—Diana...

Diana salió de prisa, y Manuel se tendió desnudo en la cama. Apretó la almohada y cubrió con ella su intimidad. Sus ojos estaban en el tumbado, y así se quedó por un par de horas más.



VT
capítulo
VT

La Universidad de Chicago había iniciado su semestre, y el home coming day, sería el primer viernes. Fabricio y Manuel, inseparables como siempre, seguían la misma carrera. Habían escogido medicina, y su año de comunes, se les presentaba muy duro, por lo tanto, para no defraudar a sus familias se habían preparado día a día. Pero, el miedo más fuerte que tenían era el de regresar a sus casas sin estar titulados, pues la gente qué diría, y sus padres también. Manuel le contó a su amigo que había encontrado a Diana, pero no le contó lo sucedido el viernes anterior. Prisa tuvo Fabricio de acelerar su encuentro con Diana, y pronto se pusieron en contacto. Cuánta ternura demostraron en su encuentro, que alguien pensaría, en el encuentro de dos amantes. Manuel miraba pasivo los abrazos y caricias de los dos amigos. Este trío se miraría todos los días de esa semana y luego otra, y otra, caminando junto al lago Michigan, cerca de las altas torres gemelas, o viajando en el veloz tren.

Una llamada desde Milwaukee hacía que Manuel se trasladara de urgencia hacia esa ciudad cercana a Chicago. Una tía suya había fallecido. El proyectado festejo de la fiesta de bienvenida estudiantil en la universidad quedaba vedado para Manuel. Con tristeza le despidieron sus amigos, pero Manuel no iba tranquilo, su mirada y la de ella se entrecruzaron una vez más, y sin palabras se dijeron todo lo que un corazón enamorado debe decirse.

—Te recogeré como a las cinco.

—Está bien Fabricio. ¿Debo vestir formal?

—No. Más bien es algo muy informal.

—Entonces nos vemos luego Diana.

Un gran desfile por las calles universitarias, jóvenes disfrazados, cachiporreras en minifaldas, muñecos y muñecas enseñando sus atributos físicos, carros alegóricos, y las diferentes facultades con sus carreras ofertadas, hacían el deleite de los estudiantes y público transeúnte. Luego el gran baile en el club universitario. Decidieron ir hacia un nuevo bar donde el licor corría como el agua, y la gente bebía gustosa porque era gratis, Fabricio y Diana no eran la excepción.

—Diana, quiero decirte que me gustas mucho.

—Calla Fabricio, estás ebrio.

—No lo estoy tanto como para decirte que te amo.

—No hables más y sigamos bailando, que esto está bueno.

—¿Diana, ¿no sientes algo por mí?

—Siento que me voy a dormir sino sigo bailando.

Los dos ríen con ganas. Fabricio la invitó a conocer el dormitorio, y cuando ahí entraron las palabras estuvieron demás. Diana era una mujer transformada, besaba con pasión como quien besa por última vez. Fabricio recorría maestramente su cuerpo haciendo uso de sus manos. Ella hacía lo mismo. Pronto las prendas de vestir estorbaron y volaron por todas partes. El fuego se había avivado y ningún bombero hubiera intervenido con éxito esta vez. Los dos jóvenes fundieron sus cuerpos en la amalgama del deseo. El mundo era de los dos, a pesar de que, en el pasillo, algún curioso espiaba a través del orificio de la chapa de la puerta. El día los sorprendió en un abrazo eterno.

—¿Dónde vas, Diana?

—¡A trabajar! No lo sé... Me dejé llevar por la pasión, y el alcohol hizo su parte... Discúlpame.

—¿Discúlpame? ¡Fue maravilloso! Gracias por estos momentos grandiosos. Te amo, Diana.

—No lo digas, no lo digas. Eso no es amor.

—Si esto no es amor, que alguien me diga cómo es entonces. Yo te amo, Diana.

—Calla, todavía estás ebrio. Calla.

—Yo sé bien lo que digo. ¡Diana, ven a vivir conmigo!

—Estás loco, tú aún eres un chiquillo.

—No lo soy. Soy un hombre que quiere hacerte feliz por el resto de nuestras vidas.

—Vuelve a la cama... o mejor date un duchazo frío que...

—Diana, de verdad, desde que te conocí, te amé de veras.

—Adiós, Fabricio. Debo irme.

—Diana, yo te quiero, y de verdad te quiero. Seamos felices.

—Nos vemos, muchacho.

Diana salió de prisa e iba desconcertada. Una escena ya vivida la semana anterior se repetía con otro actor. Enloqueció por un momento y se sintió ramera, pero luego reaccionó y quiso arreglar sus ideas. Sentía lo mismo por Fabricio y por Manuel. No podía ser, eso era imposible. El claxon de un auto le sacó de su meditación, y cruzó de prisa la calle para alcanzar el autobús de camino a su trabajo. Se sentía feliz y satisfecha, pero al mismo tiempo una sensación de pecado escarnecía su mente.

Sus manos se escondían de vez en vez en la gran masa de harina más levadura. Parecía una máquina absorta del tiempo y del espacio. No había palabras ni respuestas a las preguntas de sus compañeras de trabajo. Un idilio lleno de pajaritos preñados nadando en lo inconmensurable del líquido cerebral, dejaban entre ver su pasión despertada luego de mucho tiempo y al mismo tiempo confundándose con las rojas rosas que hacen fluir la sensación del querer estar juntos para siempre. Lo desconcertante era con quién de ellos en verdad

debería hacerlo, y escoger al momento no le gustaría porque de ambos estaba enamorada.

La dulce Diana, mordía sus labios recordando el perdonable pecado a los que los amantes se ven abocados; su camisa de fuerza era su religión heredada de la costumbre pasiva de ver en el cuerpo el antro de la perdición. Nunca se había detenido a cuestionar lo incuestionable bajo las sombras de los ministros de su fe. Estaba enamorada y esto le provocaba sudor y angustia mezclada con una amplia sonrisa fruto de la sensación corporal del mirar y del sentir. La muchacha sabía que de conocer la noticia su madre y familiares, la despreciarían, aunque algunos dólares mitigarían la sentencia plena de los amargados y burlones. Ni pensarlo siquiera, aunque su mente no descansaba recordando los bellos momentos vividos con aquellos que un día la rescataran del río y del hambre. Muchachos pensaba, aunque ella sabía que ya no lo eran, pues su cuerpo se deleitó de la candidez y animalidad de machos formados y bien parecidos. No hay libertad pensó para sí, quisiera vivir alejada del mundo donde solo existiésemos ellos y yo; donde la mirada de quienes se dicen santos no manche nuestras vidas que son puro encanto. Pero que ilusa, vivía en una sociedad llena de perversiones donde los jueces eran verdugos de las ilusiones, cuyas acciones diarias de rectos y cautos, eran borradas en las noches de juega, donde las luces artificiales disimulan los gustos mundanos. La dulce Diana, la mestiza ecuatoriana estaba atrapada entre la vergüenza y el amor.



VTT
capítulo
VTT

El otoño casi se ha ido, y la primera nevada ha cubierto por breves horas las calles de Chicago. Los niños salen presurosos a recoger la nieve y jugar con ella. Ya largos días tendrán para inclusive esconderse del intenso frío y desear la primavera. La vida en la universidad transcurre entre libros, deporte y fines de semana alborotados. Los estudiantes combinan la adquisición de conocimientos con lo pasional de su edad. Por su puesto siempre hay gente que cuida de su salud y sus valores, pero estos no son bien vistos por el común de los universitarios. Cada uno tiene su historia, y la guarda presurosa en el baúl de sus recuerdos, y solo quien las vive sabe cómo contarla diría alguna vez Manuel.

Los tres amigos han intentado disimular sus intenciones, y Diana tiene miedo de herir susceptibilidades. Gasta tiempo con ellos, aunque, de sexo ya no se ha repetido. Los tres se desean, y es fuerte la pasión que los une cada día en armoniosa compañía. Fabricio es un poco más callado, pero su mirada dice todo lo que siente. Es fuego que quema y traspasa el alma de quien lo mira.

Manuel, por su parte, pone las notas de alegría: conversa mucho y se enfada con facilidad. Su compañero de infancia ya lo conoce lo suficiente y, por ello, prefiere no discutir con él, mucho menos contradecirlo. Diana los acepta como son y considera que se complementan el uno al otro; así los prefiere, aunque nunca ha dicho palabra alguna sobre aceptarlos como pareja a alguno de ellos. Ambos amigos son conscientes de sus sentimientos hacia la muchacha, pero evitan hablar del tema por miedo a lastimarse o romper esa amistad tan bien cuidada desde la niñez. Un dilema que se prolonga hasta mediados del invierno, cuando algo inesperado sucede.

—¿Cómo que esa gripe no te quiere dejar, Manuel?

—Sí, verdad. Ya he tomado tantas pastillas, y ni siquiera la vacuna antigripal me ha hecho efecto.

—Deberías ir al médico, Manuel, y cuidar más de tu salud. Has bajado de peso tan aceleradamente, y tu rostro denota cansancio.

—Es el efecto de esta maldita gripe. No te preocupes demasiado.

—Es que, en realidad, me preocupas. Durante las últimas semanas no te has alimentado como es debido; te falta concentración en los estudios, sudas como si estuvieras en verano y ya pareces una calavera andante.

—No exageres, Fabricio. He bajado de peso, sí, pero eso más bien le sienta bien a mi figura juvenil.

—Insisto en que debes ir al médico. Es más, en este momento haré una cita para esta tarde.

—Tranquilo, amigo, tranquilo. Ya se me pasará.

El buen compañero hizo una llamada telefónica, y ya por la tarde acompañaba a Manuel a la cita con el médico. Diana no podía estar ausente de este suceso. En la sala de espera, Fabricio comentaba su preocupación para con su amigo del alma. Diana solo escuchaba y escuchaba. Era la primera vez que Fabricio se expresaba con tanta libertad, porque cuando está presente Manuel, se vuelve mudo total.

—Tranquilo, Fabricio, no hay de qué preocuparse. Ya el médico dirá qué tratamiento debe seguir Manuel hasta lograr su curación total.

—Oye, ¿te has fijado lo flaco que está? A veces me da miedo.

—Lo quieres mucho, ¿verdad?

—Bueno, es como mi hermano. Nos hemos criado juntos.

—Dejemos pasar unos días, hasta que la medicina surta efecto. Luego veremos qué sucede.

El médico había pedido que el muchacho se realizara algunos exámenes para tener un diagnóstico más acercado al problema. Manuel no estaba de acuerdo, pero bajo la insistencia de sus amigos, tuvo que realizarlos. Al cabo de un par de días, y luego de revisar cuidadosamente la ficha médica, el doctor citó a Manuel, y con él asistieron Fabricio y Diana.

—Bueno, Manuel, si quieres escuchar el diagnóstico a solas, estás en tú derecho.

—No, doctor, ellos son mis amigos, y no creo que el diagnóstico sea tan malo como para que ellos no deben enterarse. ¿O sí?

—En realidad, si ellos son muy cercanos a ti, está bien que los dejes escuchar.

—Sí, sí, son muy cercanos.

—¿Cuán grave es el problema de nuestro compañero? —preguntó Fabricio.

—Muy grave, en verdad —replicó el médico.

Un sudor frío corrió por los rostros de los muchachos. No hubo palabras y el médico sugirió.

—Si quieres, puedo ponerte en contacto con la psicóloga antes de darte el diagnóstico. Será necesario que tengas fuerza y voluntad en este momento tan duro para ti y tus amigos.

—Doctor, nos asusta —dijo Diana.

—Bueno, muchacha, solo cumplo con mi deber de médico.

Nuevamente el silencio vagó por el consultorio. El frío invierno en el exterior escarnecía los rostros de los transeúntes, mientras dentro los tres jóvenes desesperaban. Hasta que el enfermo rompió el silencio:

—La verdad es que estoy enfermo, y quiero saber de qué, para poder curarme lo antes posible. Adelante doctor, no necesito una psicóloga.

—Muchacho, lo siento mucho, pero tu enfermedad es grave.

—¿Qué!? —exclamó Fabricio.

El médico continuó:

—Manuel, solo tú sabes lo que has hecho con tu vida hasta ahora, pero, en ese trajinar, en algún momento te contagias- te de tuberculosis.

Diana se desmayó al escuchar la noticia. Fabricio miró a su amigo y no salía del asombro, mientras Manuel, bajó la cabeza y plantó su mirada en el piso. Gruesas lágrimas rodaban por sus mejillas, temblaba su delgado cuerpo y solo una palabra dijo. ¡Dios! El médico puso sales cerca de la nariz de la muchacha y reaccionó, pero desembocó en llanto. Abrazó con fuerza a su amigo y amante. Era inconcebible que un joven hombre pueda emprender el viaje de retorno hacia el más allá. Había escuchado de la grave enfermedad, pero nunca se imaginó que un ser querido la pudiera tener. Parecía enloquecer al momento. Mientras tanto, Fabricio parecía una roca helada, no podía articular palabra alguna. Sentía desesperar y un fuego quemaba su pecho, una angustia que se traducía en sudor abundante. Se unió al abrazo eterno de sus amigos. El médico ya había mirado escenas como aquella; su ejercicio diario del noble oficio de la medicina le había traído tristezas semejantes.

Transcurrieron muchos minutos, y los muchachos reaccionaron. Sin dejar de abrazarse, escucharon las indicaciones del galeno. Un tratamiento urgente al que debía someterse el muchacho si quería vivir. Manuel pidió a su amigo, no informara nada del particular a su familia. Quiso alejar el dolor familiar, lo cual Fabricio supo entender.



VTTT
capítulo
VTTT

Fabricio conocía bien de la vida de su amigo; había compartido con él sus juergas y andanzas, y no lograba explicarse el porqué de aquel desenlace. Tampoco se atrevía a indagar más, pues el dolor que sentía ya era suficiente. Manuel supo sobrellevar su situación con entereza hasta que, entrada la primavera, comenzó a sentirse mucho mejor de salud.

—¿Manuel, has tomado la medicina?

—Que sí. Ya me lo has preguntado como cien veces.

—No puede ser... todavía veo la pastilla cerca de tu desayuno.

—Está bien, está bien. Me la trago este instante, al cabo que ya me siento bien.

—Me alegro escucharte eso Manuel. Sabes, en la tarde vendrá Diana y podremos salir los tres al cine.

—Me parece una muy buena idea, pero no podré acompañarlos.

—¿Por qué? Hace rato que no hemos ido al cine, y hoy estrenan la nueva de Spielberg.

—Ya la veré otro día; lo que pasa es que hoy vendrá a visitarme John, y hemos quedado en visitar el jardín botánico.

—¿John Matson, nuestro compañero de la secundaria?

—Sí, Fabricio, el mismo.

—No sabía que estaba en Chicago.

—Bueno, yo lo he llamado para que pase estos días de vacaciones con nosotros. Digo... si no te molesta.

—En verdad no, pero claro, hubiera preferido saberlo con anticipación para conseguir un colchón para él.

—No te preocupes, podrá acomodarse en el sofá. Solo serán unos días.

—Si no te molesta, podríamos ir con Diana al jardín botánico y, luego, los cuatro a la función nocturna del cine.

—En verdad no me molesta, pero quisiera compartir algún momento a solas con John, hace mucho tiempo que no lo veo.

—Tan claro como eso, no hay inconveniente.

—No te molestes, Fabricio, pero entiende que...

—No, no. No me he molestado, solo que no sabía que tú y John eran tan buenos amigos.

—Bueno, mira que él vivía más cerca de mi casa que tú, y fuimos compañeros en el colegio, y...

—No necesito que me expliques nada, Manuel. No estoy reclamando nada. Allá tú con tus amistades. Nos vemos en la noche.

Fabricio tomó su mochila y salió dando un sopetón a la puerta. Manuel lo llamó varias veces, pero él no se inmutó. “Ya se le pasará” pensó para sí. Tomó también su mochila y salió detrás de su amigo, pero este ya había tomado el autobús escolar.

—¿Qué es de Manuel?

—Ha ido a recibir a un amigo en la estación del tren.

—Ese lugar está muy contaminado, no debería ir allí.

—Tranquila Diana, toda la ciudad está contaminada, así que no le pasará nada.

—¿Estás molesto, Fabricio? ¿Sucede algo?

—No, nada. Vamos rápido, que la película iniciará en un cuarto de hora.

—Espera, Fabricio. No voy a ir al cine con alguien que tiene una cara de ogro. ¿Qué sucede?

—Discúlpame, Diana. Es que Manuel nunca me avisó que venía John, su amigo, sino hasta esta mañana. A menudo nos comunicamos todo y no sé qué le pasa ahora.

—No te preocupes, debe ser cuestión de la enfermedad... o a veces ocurren esas cosas.

—Sí, verdad. Bueno, vamos al cine, que la película estará buenaza.

Los dos jóvenes tomados de la mano ingresaron al cine, y luego de la película decidieron cenar. A lado de Diana cualquier enojo se evaporaba temprano. Es más, la película había estado tan emocionante que ya lo sucedido en la mañana con su compañero se le había olvidado.

De regreso al dormitorio estudiantil, a Fabricio se le ocurrió comprar comida china, pues sabía que a su compañero de habitación le encantaba. Era viernes y el edificio estaba casi deshabitado; los pocos estudiantes que permanecían allí celebraban en sus habitaciones, aprovechando que era el único día en que se permitía escuchar música a todo volumen y hacer algo de relajo en los pasillos y salas comunes.

Antes de subir, pasó por el mostrador para alquilar un colchón extra, ya que el amigo de Manuel pasaría algunos días con ellos. Subió despreocupado por las gradas hasta el tercer piso, recorrió el pasillo y apenas prestó atención al crujir de las camas en otros dormitorios.

Al llegar a su habitación, justo cuando iba a abrir la puerta, se detuvo en seco. Desde adentro se escuchaba el crujir de una cama y respiraciones agitadas que revelaban lo intenso del momento. El muchacho pensó: “Manuel está mucho mejor de lo que creí... ya volvió a sus andanzas”.

Y luego se dijo a sí mismo: “Qué bien, ojalá lo de la tuberculosis haya sido solo un mal diagnóstico. Y ojalá no lo estén haciendo en mi cama”. Decidió esperar en la salita común.

Había transcurrido casi dos horas. Ya era madrugada cuando, suponiendo que la visita de su amigo se había marchado,

abrió la puerta del dormitorio. No se escuchaba ruido alguno; solo quedaba un olor mezclado entre sudor y algo más difícil de describir. Encendió la luz... y se llevó una sorpresa que lo dejó paralizado: desnudos y fundidos en un abrazo íntimo, Manuel y John yacían sobre la cama.

Los amantes no se inmutaron, y Fabricio exclamó: ¡Pero ¡qué es esto! Manuel no sabía que tú...

—Calma, amigo. Este ha sido el gran secreto de mi vida, uno que no he contado a nadie. Y ahora tú lo sabes.

—¡Cómo! ¡He estado conviviendo con un marica!

—Tómalo como quieras. Yo no soy marica, simplemente tengo mis gustos sexuales.

—No lo puedo creer... ¿desde cuándo lo has sido?

—John y yo hemos sido pareja desde el último año de secundaria.

—¡John! ¡Tú que eras el más atlético de todos los chicos, el más machote de la escuela! A ti siempre te seguían las muchachas...

—No debes reclamarme nada Fabricio —replicó John. Sé que tú y Manuel, más de una vez tuvieron juegos sexuales.

—¡Un momento! Eso fue cosa de muchachos, pero nunca tuvimos relaciones sexuales.

—Pues por ahí iniciamos nosotros —replicó Jhon—, y luego notamos que éramos el uno para el otro.

—Pero si con Manuel visitábamos los burdeles... No lo puedo entender.

—La mayoría de las veces solo iba a conversar con las chicas. Pero tampoco me disgustan las mujeres. De hecho, ya que estamos en confesiones, te diré que Diana me gusta... e hice el amor con ella días antes que tú llegaras a Chicago.

Fue un duchazo de agua fría para Fabricio, quien tomó asiento al borde de su cama, y se quedó mudo. La puerta se cerró por sí sola, mientras los amantes seguían entrelazados como la noche con el día.

Fabricio se quedó pensando por un buen rato, ya no si sabía estaba furioso con Manuel o consigo mismo. Se sentía un tonto, pues había creído conocer todo de su amigo íntimo, pero al mismo tiempo lo desconocía. Verdad es que, como cualquier muchacho, habían tenido juegos sexuales, pero nunca llegaron a ser pareja marital. Sentía ganas de vomitar y de caerle a golpes a su amigo y al acompañante, pero detuvo su furia, porque él no tenía calidad moral para reclamar nada. Si bien no participaba de esos gustos sexuales, pero mucho había denigrado a su propio cuerpo como para reclamar por la pureza de otros. Sintió lástima por su amigo, y al cabo de la larga confusión de sus labios surgieron palabras:

—¿John sabe lo de tu enfermedad?

John dio un sobresalto y se sentó.

—¿Estás enfermo Manuel? ¿Qué tienes...?

—Ah, entonces no le has contado nada. ¡Eres un irresponsable, Manuel!

—Tranquilo, Fabricio, lo iba a hacer ahora mismo...

—¿Cómo? ¿Lo ibas a hacer ahora mismo!? ¡Pero mírense! ¡Si ni siquiera se han protegido! ¡Tarea de irresponsables!

—¿Protegerse de qué? Nunca lo hemos hecho, porque nunca lo hemos necesitado —replicó John—. Además, Manuel y yo somos sanos... ¿verdad Manuel?

Un silencio sepulcral se hizo en la habitación. Fabricio miró profundamente a Manuel, mientras John miraba a los dos buscando respuesta a su última expresión. Alguien caminaba ese momento por el pasillo del dormitorio estudiantil, y según la voz era Mike, que para no variar y como todas las semanas destilaba alcohol etílico por sus venas. John, pasó sus manos por su ya flácida intimidad y luego abrazó fuertemente a su amante. Manuel con sentido de culpabilidad, correspondió al abrazo y cuando un beso se aproximaba, un grito de exclamación los sacó del delirio:

—¡Por Dios, otra vez no! ¡Y delante de mí! ¡Qué asquerosos! ¡Ya basta!

—Tranquilo, Fabricio. Más que asco parece tener celos.

—¡Cállate John, que soy capaz de romperte esa cara de niña que tienes!

—Por favor, cálmense los dos. Suéltame, John, y escucha con cuidado lo que te voy a decir.

—Por la cara que pones parece ser algo muy serio. ¿Qué pasa Manuel?

—¿No sería mejor que se vistieran o, al menos, cubrieran su pecado?

—¿Cuál pecado? ¿Eres una mosquita muerta? ¿Acaso no veo en tus ojos que me deseas?

—¡Pedazo de infeliz! Ahora sí que te rajo la cara...

Manuel tuvo que ponerse de pie e interponerse entre los dos jóvenes, mientras John se cubría el rostro ante el inminente puñetazo de Fabricio, que fue desviado por el brazo de Manuel. Éste rodeó con sus brazos al enfurecido Fabricio y lo sostuvo hasta que se calmara. Muchos improperios salían de la boca de Fabricio contra John, quien se acurrucó en la cama, cubriendo su cuerpo con la sábana. Pasaron unos minutos y, ya calmado, Fabricio dijo:

—Ya, déjame; no quiero que me toques, me contaminas.

—Por favor, tranquilos los dos —dijo Manuel—. Te suelto siempre y cuando me prometas que vas a ser tolerante.

—Siempre y cuando se calle ese marica. No quiero que me mire. ¡Que se largue!

—Fabricio, por favor, cálmate. Hazlo por mí, que...

—No hables más. Está bien, me calmo. Ahora deja de abrazarme y vístete; me das asco verte en cueros.

Retornó el silencio, Manuel vistió su pantaloneta y lo mismo hizo John. Fabricio miraba a través de la ventana cuando decidió hablar.

—Está bien. No soy nadie para meterme en sus vidas. Mi reacción fue por la sorpresa y porque te quiero como al hermano que nunca tuve. El que se va soy yo, pero antes es mi deber hacerle saber la noticia a tu amante si tú no lo haces. Escoge, Manuel: ¿lo dices tú o lo digo yo?

—Que sea lo que tiene que ser. John, lo siento mucho, me han diagnosticado tuberculosis.

—¿Qué!? ¡No puede ser! ¿Y hasta ahora me lo dices? ¡Eres un desgraciado! Si al menos hubiéramos tomado precaución... ¡Nos besamos!

Dicen que los hombres no lloran, pero este atlético joven, campeón americano de natación, se ahogaba en su propio llanto. La desesperación lo llevó a golpear con sus puños la pared, y hubiera estampado unos cuantos, en el rostro de Manuel, pero lo amaba tanto que no sabía si abrazarlo o golpearlo al mismo tiempo. Lloraba como un niño privado de su golosina o de su juguete preferido, rascaba su cabeza y de cuando en cuando sus manos apretaban el órgano de la pasión como intentando arrancarlo del nido natural. Fabricio sintió lástima, e intentó consolarlo, pero John lo rechazó. Manuel estaba como una estatua de frente a la escena, sus labios no podían pronunciar palabra alguna, él hubiera querido que la tierra lo tragara en ese instante. Sentía que su cuerpo desfallecía, pero se armó de valor y tomó asiento al borde de la cama donde John no paraba de llorar. Al cabo de unos minutos largos y tensos, los ojos del muchacho ya no emanaban lágrimas, tenía la mirada perdida en el fondo de la habitación. Fabricio rompió el silencio:

—En verdad lo siento, John. Pero la esperanza es lo último que se pierde. Quizá tú no estés infectado; deberías salir de dudas y hacerte el análisis respectivo.

—¡Ya qué importa!

—¿Cómo que ya no importa? Todo ha sido culpa mía, y te acompañaré al examen mañana mismo.

—¡No entiendes, Manuel! ¡No te das cuenta de que te estoy perdiendo!

—Créeme, también sufro. Pero tú podrás rehacer tu vida con alguien más.

—No, no. Tú has sido el único en mi vida, y no quiero perderte. ¡Y si tú mueres, yo te sigo atrás!

Fabricio escuchaba desconcertado aquellas palabras. ¿En verdad, podía darse un amor eterno entre dos seres del mismo sexo? Lo había visto en películas, pero nunca pensó que fuera a presenciar algo real y sincero según las expresiones de sus compañeros de colegio. Recordó las palabras de uno de sus maestros, cuando les hablaba de la tolerancia: “La naturaleza es exacta y perfecta, y es tan exacta y perfecta que anida en su seno, lo que los insensatos e intolerantes llaman aberraciones”. Una escena como esas le conmovía a pesar de su llamada hombría, que le provocaba náusea al mismo tiempo. Él estaba sobrando en todo esto, la decisión era de la pareja; por lo que decidió salir. Ahí dentro quedaban los dos amigos con un drama de dolor y miseria humana, donde el disfrute carnal se había convertido en fuego infernal que

minaba sus cuerpos en pleno crecimiento. No sabían a quién reclamar o qué reclamar, pues su pecado no era de ignorancia. Ya lo diría el poeta “donde hay amor, no existe el pecado”, y eso lo habían vivido por mucho tiempo los dos, pero nunca se imaginaron que la grave enfermedad los hubiera visitado así tan de repente.



VTV
capítulo
VTV

La casualidad hace a los amigos, pero el amor a los hermanos, y ese era el caso de Fabricio y Manuel. Cuando la furia lo dominó, Fabricio pensó alejarse para siempre de la vida de su amigo, pero luego reflexionó y comprendió que debía acompañarlo hasta el último día de su existencia. Le costaba entender la relación entre John y Manuel, pero, ante la petición de ambos, decidió aceptar la convivencia y rentaron un departamento más grande para compartir los tres. John se había realizado los análisis y, gracias a Dios, no estaba contagiado. Por su parte, Manuel desistió de cortejar a Diana y dejó el camino libre a Fabricio, quien empezó a pensar seriamente en una relación duradera con la muchacha latina. Hasta que, un día, decidió proponérselo:

—Diana, hemos sido novios por algún tiempo y...

—¡No sigas, por favor! Sé que soy poca cosa para ti y que ha llegado el momento de terminar. Solo te pido que me dejes disfrutar unos pocos momentos más de tu compañía...

—Cálmate, mi amor. La verdad es que sí quiero terminar esta etapa de novios...

—¿Ves? Te lo dije... te lo dije... —dijo ella, rompiendo en llanto.

—Déjame hablar, por favor. He dicho que quiero terminar, pero para iniciar otra etapa, una de larga vida, juntos para siempre.

La muchacha lo abrazó con fuerza y, en un romántico beso al estilo parisino, le dio el “sí” a un matrimonio que siempre había anhelado. La felicidad en el rostro de ambos era tan contagiosa que cualquiera que los mirara se sentía complacido. Parecía que, al fin, la vida le sonreía a Diana, pues pronto dejaría aquella lúgubre habitación que compartía con ocho latinas más, donde debían turnarse para ocupar las dos camas disponibles.

Sabía que tendría que seguir trabajando, y no menos duro que hasta entonces, pero la idea de construir una vida junto a quien amaba la llenaba de esperanza, aunque aún no estaba del todo segura de si su corazón pertenecía a Manuel o a Fabricio. Por Manuel sentía lástima, una profunda compasión al verlo desvanecerse día a día; sin embargo, sabía que no había futuro posible con un hombre enfermo. Por eso, fiel a los principios aprendidos desde su cuna, decidió hablar con honestidad con su futuro esposo:

—Me haces muy feliz, muy, muy feliz. Pero debo decirte algo que me ha estado quemando por largo tiempo.

—No quiero saber nada de tu pasado. Creo conocerlo todo, y si hay algo más, no lo quiero saber.

—Pero debes, porque se trata de tu amigo Manuel.

—No te preocupes, él me lo ha contado todo. Me dijo que fue solo una vez, antes de que yo llegara a Chicago.

—¿Y no te importa?

—Pues no. Es mi hermano, y se está muriendo. Solo espero que te hayas protegido aquella vez, y si no lo hiciste... pues Dios dirá lo que tenga que pasar.

—¿En verdad no te importa?

—He dicho que no. He visto cómo sus miradas se entrelazan, desde que te conocimos allá en el sur, cuando recién habías llegado. Ha sido una competencia muda entre los dos, pero al final, yo he ganado.

—En realidad, creo que los amo a los dos. No puedo callarlo, Fabricio, es la verdad.

—Pues sigue amándonos; eso hará feliz a Manuel, al menos hasta que le llegue su momento. Solo te pido una cosa: no vuelvas a acostarte con él.

—Fabricio... no esperaba que fueras tan comprensivo.

—Tranquila, sé que me amas tanto como yo a ti. Lo de Manuel no me preocupa, mientras él sea feliz en sus últimos días.

—Gracias por ser tan comprensivo, mi amor. Y para tu tranquilidad, aquella única vez que estuve con Manuel tomamos todas las precauciones debidas.

—Me alegra oírlo.

—¿Y si hubiera sido lo contrario?

—Ya te dije: lo que Dios quiera. Te amo demasiado como para que me importe lo que haya pasado... o lo que pueda pasar.

Los dos enamorados se abrazan fuertemente, y un prolongado beso selló el sí de la muchacha a una vida de compartir alegrías y angustias hasta el fin.

—¿Te parece que nos casemos el día de San Patricio?

—Me parece perfecto. Aunque me pregunto... ¿en tu iglesia o en la mía?

—Creo que en las dos. Al final, es el mismo Dios.

Los dos muchachos ríen de buena gana.

—Quiero proponerte que vivamos en el mismo departamento donde estoy ahora.

—¿Pero y Manuel?

—Justamente por él. Se está muriendo, y nos necesitará hasta el final. No tiene a nadie más que a nosotros en este lugar.

—Bueno, si tú lo quieres, yo no tengo inconveniente.

—¿Pero, y el otro amigo de ustedes?

—Bueno le pediré que se marche. Tú y yo somos suficientes para cuidar de Manuel.

—¿Qué dirá Manuel?

—Él sabrá entender.

Fue una boda sencilla, pero muy emotiva. Dos compañeras de Diana le confeccionaron el vestido de novia, y Nora le envió un par de zapatos. Los padres de Fabricio no se enteraron de la boda sino hasta después de realizada, por razones evidentes: si ellos hubieran asistido, también lo habrían hecho los padres de Manuel.

Este, por su parte, acudió a la ceremonia. Tenía buen semblante, aunque sus fuerzas ya eran escasas, por lo que su compañero John lo sostenía del brazo en todo momento. Quiso ser el padrino de la boda, y Fabricio y Diana aceptaron con gusto. Algunos compañeros de universidad del novio también asistieron. Celebraron el enlace con un animado baile en una discoteca latina donde trabajaba una de las amigas de Diana.

Comenzaba así una nueva etapa en la vida de la muchacha emigrante que, tiempo atrás, había partido en busca del sueño americano y terminó casándose con un estadounidense. Ya no tenía que esconderse de la policía de migración y se sentía libre, como las golondrinas, para volar de aquí para allá.

Por su parte, Manuel ya no asistía a la universidad, y los tratamientos parecían haber dejado de surtir efecto. John aún no se había marchado y se ocupaba casi por completo del cuidado de Manuel. Fabricio comprendía la situación, pero

Diana parecía no darse por enterada. Debido a su horario de trabajo, pasaba poco tiempo en el departamento, y las pocas horas libres las dedicaba a la universidad junto a su marido.

Hasta que un día, mientras Fabricio estaba de viaje, Diana decidió quedarse en casa porque no se sentía bien para acompañarlo. Fue entonces cuando, al entrar en la habitación de Manuel, lo encontró junto a John, manteniendo relaciones sexuales. Horrorizada, salió de inmediato y se encerró en su habitación. Horas después, John llamó a su puerta y le pidió hablar.

—Diana, necesito darte una explicación.

—No quiero hablar contigo, hasta que venga mi esposo.

—Tranquila Diana. Él conoce todo esto.

—¿Qué?

—Diana, ábreme la puerta y te lo explicaré.

La puerta se abrió y Diana le pidió a John que no se acercara a ella. Él con calma, le explicó con lujo de detalles su relación con Manuel y lamentó que Fabricio no le hubiera contado antes. Entonces, Diana recordó el suplicio que había vivido su amigo colombiano cuando estuvieron secuestrados en la casa de citas de la tía Betsy. En Chicago era común ver a diario parejas homosexuales, pero nunca imaginó que sus propios amigos lo fueran. En realidad, tres de sus antiguas compañeras habían sido prostitutas, y había tenido que compartir habitación con ellas. No cabía duda de que las dos Marías, como las llamaban todas, también eran compañeras

sexuales, pues dormían juntas y nunca se separaban. Su horror inicial se transformó en comprensión. Solo después de hablar largo y tendido con Manuel, llegó a conocer la vida íntima de aquel por quien todavía guardaba sentimientos en su corazón. Desde entonces, aprendió a entender la vida de los dos jóvenes, aunque en su rostro aún se reflejaba cierta incomodidad.



XV
capítulo
XV

La enfermedad se apoderó con rapidez de Manuel, quien llevaba semanas sin poder levantarse de la cama. John lo asistía fielmente en todo momento. El médico había advertido que se prepararan para el desenlace, pues al muchacho no le quedaba mucho tiempo de vida. Fabricio decidió entonces llamar a los padres de Manuel para contarles todo. El padre no quiso saber nada al respecto, y solo la madre viajó hasta Chicago, donde finalmente cremó el cuerpo de su hijo amado. Fue una escena profundamente triste, colmada de lágrimas y gritos de dolor. Fabricio sintió la pérdida como pocos: la de su hermano del alma. Hubiera querido renegar de Dios, pero, aunque lo invadía la rabia por lo sucedido, terminaba refugiándose en los brazos de su esposa, quien no dejaba de rezar al Padre por el descanso eterno de Manuel.

Aunque todos sabían que el final se acercaba, nadie deseaba que llegara el momento. Manuel había conservado una

expresión serena durante sus últimas semanas, pese al dolor que le causaba la enfermedad. Pidió que en sus últimos días no le administraran calmantes. Por su parte, John estaba irreconocible. Su cuerpo atlético había perdido toda firmeza; había dejado de asistir al gimnasio y a la piscina, y también había abandonado la universidad y su trabajo a tiempo parcial para dedicarse por completo al cuidado de su amado. Cuando Manuel murió, John quedó devastado. No sabía qué hacer ni adónde ir. Muerto su compañero, debía dejar libre el espacio para la pareja recién casada. Diana sintió lástima por él, y aunque a Fabricio no le agradó la idea, aceptó que John permaneciera con ellos hasta que lograra reponerse de su pérdida.

Diana, llevaba dos meses de embarazo, y decidió compartir la noticia con su esposo:

—Fabricio, te tengo una noticia.

—¿Cuál? ¿Es buena o mala?

—Depende de cómo la tomes.

—Anda, mujer, ¡dímelo pronto que me tienes en ascuas!

—Vas a ser padre.

—¡Cómo! Repítelo.

—Que vamos a tener un hijo... o una hija, no lo sé todavía.

El joven futuro padre lloró de alegría y abrazó a su esposa con tanta fuerza que casi le hizo daño. Brincaba como un cabrito recién liberado del corral.

—¡Esto tienen que saberlo mis amigos! —decía, mientras tomaba el teléfono para llamar a todos.

Al enterarse de la noticia, John abrió una botella de champaña y brindó con los futuros padre y madre.

“Caminante, no hay camino, se hace camino al andar”, escribió algún poeta, y así la vida de Diana y Fabricio comenzaba su propio andar como esposa y esposo. Por su parte, John decidió apartarse para siempre de sus vidas. Solo años después, Diana volvió a saber de él: vio su fotografía en el periódico junto a un gran titular que decía: “Otro sacerdote es acusado de violación a menores de edad en la Florida”. En efecto, John se había mudado de Chicago y había ingresado a una congregación religiosa en el sur de Florida. Allí estudió filosofía y cursó varios años de teología, hasta ser ordenado sacerdote. Trabajó con grupos juveniles de su parroquia, y más tarde decidió dejar la congregación para convertirse en sacerdote diocesano.

Se le asignó una parroquia donde pronto se ganó el cariño de la gente, especialmente del sector cubanoamericano que residía en la zona. Dedicó gran parte de su esfuerzo al cuidado de los enfermos de sida y fundó una organización de ayuda social con ese propósito. Paralelamente, cumplía con sus deberes pastorales, entre ellos la catequesis de su comunidad. La gente lo admiraba y respetaba profundamente. Todo cambió cuando un niño de apenas doce años lo denunció ante sus padres por acoso y violación sexual. A esa acusación se sumaron otras treinta y una más, que finalmente llevaron al padre John a la cárcel.

Al leer la noticia, Diana se sorprendió tanto que parecía desmayarse. Al instante las pequeñas manos de apenas nueve años de su hijo Juan Daniel, la sostenían.

—¿Qué te ocurre mamá?

—Nada, hijo. Es apenas un ligero desmayo.

—Te traeré agua ahora mismo...

El niño corrió hasta la cocina, y de inmediato dio a beber un vaso de agua a su madre, la misma que no salía de su asombro. Su rostro era pálido y tenía la mirada perdida sobre el piso. Fabricio que se aprestaba a desayunar, llegó al comedor y miró la escena.

—¿Qué te ocurre mi amor?

—¡Se desmayó! —respondió el niño.

Fabricio, que ya se había recibido de médico, enseguida tomó su maletín y extrajo los instrumentos necesarios para determinar la causa exacta del desmayo de su esposa. Le aplicó una inyección y, pocos minutos después, Diana volvió en sí. Su esposo no necesitó pedirle ninguna explicación: mientras ella se recuperaba, él hojeaba el periódico... y fue entonces cuando se enteró de la nefasta noticia.



V V T
capítulo
V V T

El matrimonio de Diana y Fabricio nunca fue un modelo, pero tampoco tuvieron problemas insalvables. La llegada de su hijo los alegró tanto, que inclusive descuidaron sus vidas para dedicarse a él. En realidad, el apego al hijo fue en mayor medida de Diana, que nunca pudo esconder su instinto maternal latino sobre protector. Fabricio había decidido que ella no tuviera actividad fuera de su casa, se había convertido en un hombre muy celoso, lo cual molestaba a su esposa. Diana de alguna manera aceptó la circunstancia, y su hijo se convirtió en la prenda más preciada y cuidada. Fabricio arrastraba de alguna manera las costumbres de sus antecesores, pues llevaba en sus venas sangre mexicana por parte de su abuela materna. Ahora era un ser totalmente desconfiado de todo y de todos; dedicado por entero a su profesión y había caído en la rutina diaria.

Un día de esos llegó hasta su consultorio una muchacha de unos veinte años, vestía falda roja y blusa blanca, calzaba botas de taco alto color negro, y una pañoleta circundaba su cuello. Era una puertorriqueña, de ojos y cabello claros.

Decía tener dolor de estómago a lo cual el Doctor Fabricio Browner, procedió a examinarla. Otros pacientes esperaban en la sala contigua, y ya cansados de aquello, decidieron reclamar a la asistente del doctor, la cual supo manifestar que el médico había tenido una emergencia quirúrgica con la paciente última, por lo cual a lo mejor no podría atender a nadie más ese día. En efecto había sido una emergencia tal, que los instrumentos del médico rodaban por el piso y el escritorio lucía vacío. Desde ese día, todas las tardes la paciente de las botas negras es diagnosticada por el doctor, y de eso ya han transcurrido como cinco meses.

Los detalles que día a día Fabricio prodigaba a su esposa, han desaparecido, desde esa fecha, pues ella misma compra las flores para la sala, los chocolates que le gustan tanto y hasta la colonia olor a violetas que tanto la extasiaban. Este cambio que la ha puesto en jaque, y decide mirar el origen de este.

—Fabricio, debemos hablar hoy mismo.

—¿Qué ocurre?

—¿Cómo que qué ocurre? ¡Ocurre mucho y tú lo sabes!

—Calma, Diana. Ahora debo ir al consultorio, más tarde hablaremos.

—No puede ser. Estás llegando demasiado tarde, ya ni cenas con nosotros, y cuando llegas dices estar cansado... lo único que haces es dormir.

—Diana, trabajo todo el día y parte de la noche. Trabajo para que tú y mi hijo vivan bien. No me pidas más de lo que te puedo dar.

—No te estoy pidiendo nada irracional. Solo te pido que vuelvas a ser, al menos, el hombre que eras hace algunos meses.

—Diana, creo que estás llegando prematuramente a tu senectud. Me marcho ya...

—Espera, no puedes irte sin darme una explicación.

—¿Explicación? ¿De qué? ¿Qué pretendes?

—Ya no nos diriges la palabra, no me tomas en cuenta para nada. Ni siquiera me has tocado en los últimos meses... ya ni sé cuántos son.

—Entiende, Diana, trabajo duro por ustedes. Llego cansado.

Los reclamos no prosperaron más porque en ese instante, su hijo Juan Daniel llegaba de la escuela. Fabricio le dio una palmada en el hombro y se marchó. Por las mejillas de Diana, bajaron gruesas lágrimas que se estrellaban en sus todavía erguidos pechos. Una sensación de vacío y soledad anidaba su alma latina, como la soledad de la nada en el vacío de la vaguedad humana. Era la soledad de una mujer enamorada pero olvidada, de una mujer que había aceptado la voluntad de un esposo celoso, por encima de su realización humana. Agradecida estaba con su marido por la ayuda económica a su familia que en el Ecuador vivían y notablemente habían mejorado, pero se sentía atada a una casa que por más bonita que fuera no llenaba sus ilusiones de mujer realizada.

Grandes expectativas se hicieron al venir a la América del dólar, tener una casa en su tierra, una madre sin apuros económicos, y sentirse amada por siempre de un hombre, y es de lo último de lo que no estaba segura. Sentíase amada de su hijo, y eso llenaba de gozo su alma, pero a una mujer le falta lo que, al hombre en su momento, la compañía cercana del ser que tanto se ama. Diana revivió su pasado y se estremecía ante las escenas de su largo viaje hacia la tierra prometida. ¿Qué tanto valía su esfuerzo en este Sahara del desconcierto? Nadie lo entendería si de verdad el corazón no apegado estaría, tan solamente a los bienes materiales. Ahora había entendido que como mujer casi había muerto, que como madre le sobraba aliento, y que como esposa tan solamente era un cuento.

En la soledad sonora de la gran ciudad, Diana se ve recluida en su monasterio de la abstinencia sexual obligada, pues su marido, ya no lo es más como tal. No han pasado muchos años y ve derrumbarse sobre sí su castillo construido con tanto afán. El sueño americano se convirtió en pesadilla y ya los dólares adquiridos no tenían significado alguno para ella si no contaba con el hombre que amaba o amó en su momento. Mientras en el mes de mayo florecen con esplendor los geranios, Diana se marchita en el olvido. Para finales del mes no sabe nada de su marido, pues su consultorio está vacío y la secretaria ha sido despedida hace una semana y no sabe nada del doctor, tan solamente que una mujer de botas negras lo ha visitado desde hace siete meses, todos los días, y que después de su visita tenía la tarea de arreglar el consultorio y poner las cosas en orden. Diana entiende que oficialmente su hijo se ha quedado sin padre.



Han pasado algunas semanas desde que Fabricio ha desaparecido. No hay reportes de él, y tan solamente a la quinta semana Diana recibe una carta de los abuelos de su hijo, pidiendo que su nieto los visite ese verano. Diana ya los ha puesto al tanto de lo sucedido, más no recibe consuelo ni ayuda de sus suegros. Agregase a esto otra carta de su familia, su madre se ha puesto muy mal, y piden se traslade al Ecuador de suma urgencia. Diana decide enviar su hijo con sus abuelos paternos y apresuradamente emprende el viaje de retorno a su patria natal. En verdad ella no podrá hacer nada lo que las medicinas no han podido con la enfermedad de su madre. Solo un milagro divino podría salvar a esa pobre mujer de sesenta y cinco años de un cáncer a los pulmones. Su oficio de tejedora de paja toquilla durante toda su vida que la había llevado a lucir las cabezas de cientos y cientos de extranjeros y nacionales con los mejores sombreros, ahora era la causa de su dolor, pues

el azufre contenido en la paja había destruido paulatinamente sus pulmones.

Pasaron algunas semanas más, y un cuadro de dolor y angustia había secado la fuente de lágrimas de la apesadumbrada Diana. Por fortuna, su hijo se encontraba bien, al cuidado de sus abuelos paternos, mientras ella trataba de aceptar la muerte de su madre. No tenían sentido tantas flores sobre la tumba si su madre ya no podía percibir las ni apreciarlas. Durante su vida de campesina, había convivido con las flores del campo, aquellas que tanto amaba: las retamas floridas, los frondosos capulíes y el amaranthus de su huerta medicinal.

Diana recordó el día en que se despidió de ella, más de una década atrás, cuando partió en busca de un futuro incierto. Ahora, su madre era quien le decía adiós para siempre. Antes de expirar, alcanzó a pedirle con voz débil: “Hija... quédate aquí para siempre”.

Al cabo de algunas semanas, mientras preparaba su regreso a su hogar en Estados Unidos, Diana recibió un fax. Entre otros asuntos, el mensaje informaba que había perdido la custodia de su hijo por haberlo abandonado, y que la protección del niño pasaba a manos de sus abuelos paternos, ya que el padre también había desaparecido. Diana sintió que el mundo se le venía abajo. Su hermana menor alcanzó a sostenerla cuando desfalleció. Permaneció dos días en un estado de latencia, y al despertar, gritó con desesperación el nombre de su hijo. Intentó levantarse, pero sus piernas no respondían; tampoco sus brazos. Su cuerpo había quedado completamente inmóvil.

Consultados varios médicos, ninguno pudo explicar la extraña reacción de Diana. Solo recomendaron esperar. Era una espera angustiante para su familia, pues ella ya no comía ni hablaba, y uno de los médicos declaró que solo un milagro podría devolverla a la vida consciente. La noticia la había sumido en un shock del que era casi imposible recuperarse. A veces la naturaleza parece confabularse con los pensamientos y los ideales humanos. Así, Diana exhaló su último aliento en el mismo lugar donde había nacido: sin madre, sin hijo y sin esposo. Terminaba así su larga travesía e iniciaba otra, hacia la verdadera tierra prometida en la que tanto había creído. En una tumba de una pequeña ciudad ecuatoriana se lee la inscripción: “Aquí descansa el corazón y vive la ilusión humana”.

Fin

SOBRE EL AUTOR



Fredi Leonidas Portilla Farfán

<https://orcid.org/0000-0002-1234-9758>

fportilla@ups.edu.ec

Ingeniero Agrónomo por la Universidad de Cuenca–Ecuador. Doctor (Ph. D.) en Tecnologías Agroambientales por la Universidad Politécnica de Madrid. Licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad Politécnica Salesiana Ecuador (UPS). Magister en Docencia Universitaria por la UDA (Universidad del Azuay)–Ecuador. Diplomado en Suficiencia Investigadora por la Universidad del País Vasco–España. Especialista en Fitopatología por la Universidad de Minnesota–USA. Ex Decano de la Facultad de Ciencias Agropecuarias y Ambientales UPS–Ecuador, Director del Área Agropecuaria UPS. Ex Rector

del Colegio Carlos Crespi. Ex Gerente Técnico de Andean Flowers Company. Miembro de los grupos de Investigación INBIAM, GICEA y SySA de la UPS, y proyectos FIASA CA-CAO y CAFE. Proyectos de Investigación en cambio climático, agricultura urbana, medicina ancestral, biodiversidad. Actual profesor de Meteorología, Climatología, Cambio Climático y Desarrollo Sustentable; de Fitopatología y de Pensamiento Crítico en la UPS–Ecuador.

Publicaciones: *Climatología del Ecuador; Saberes ancestrales: plantas medicinales; Educación ambiental; Flechazos humanos, flechazos salesianos; y Destellos humanos, destellos salesianos*. Artículos científicos de impacto en revistas SCOPUS, SPRINGER y ponencias en eventos nacionales e internacionales.